

LA COLECCIÓN PERDIDA. EL MUSEO DE ANTIGÜEDADES DEL PALACIO ARZOBISPAL DE VALENCIA*

FERRAN ARASA I GIL

Departament de Prehistòria i Arqueologia

Universitat de València

RESUMEN

A mediados del siglo XVIII se constituyó en Valencia una biblioteca y un museo de antigüedades de carácter público en el palacio arzobispal. El proyecto fue inspirado por el filólogo F. Pérez Bayer, un destacado personaje de la cultura de la Ilustración, y su realización corrió a cargo de los arzobispos A. Mayoral y F. Fabián y Fuero. Con el fin de dotarlo de fondos se realizaron excavaciones en una villa romana de la población del Puig (Valencia), de donde procedían la mayor parte de las piezas que se exhibían. Además de un importante monetario, la colección constaba de algunas estatuas y mosaicos, placas decorativas, fragmentos epigráficos y otras piezas arqueológicas de cerámica y vidrio. Tras medio siglo de existencia, el Museo fue destruido por el bombardeo del ejército francés a la ciudad en 1812, y la biblioteca y sus colecciones se perdieron irremediamente. De esta manera se cerró un episodio de gran importancia para la historia de la arqueología valenciana y una experiencia singular con la constitución del que posiblemente debió ser el primer museo arqueológico de carácter público que se abrió en España.

* Este trabajo se ha preparado en el marco del proyecto de investigación “Memoria y significado: uso y recepción de los vestigios del pasado” (Proyecto I + D HAR 2009-13209) del Ministerio de Ciencia e Innovación. Quiero expresar mi agradecimiento a la profesora Y. Gil Saura, del departamento de Historia del Arte (UV), por la información referida al palacio arzobispal de Valencia.

The Lost Collection. The Antiquities Museum of the Archbishop's Palace of Valencia

FERRAN ARASA I GIL

(Department of Prehistory and Archaeology of the University of Valencia)

ABSTRACT

The middle of the 18th century saw the creation of a public library and a Museum of Antiquities in the Archbishop's Palace in Valencia, a project inspired by the philologist F. Pérez Bayer, a prominent leader of the Enlightenment. In charge were the archbishops A. Mayoral and F. Fabian y Fuero. The majority of the pieces exhibited in the museum came from the village of El Puig, Valencia, where, in order to provide it with a collection, excavations were carried out in a Roman villa. Apart from a large coins collection, there were some statues and mosaics, decorative plaques, epigraphic fragments and other archaeological pieces of ceramics and glass. After half a century of existence, the Museum was destroyed during the bombing of the city by the French army in 1812, and the library and its collections were lost irretrievably. This was the end of an episode of great importance for the history of archaeology in Valencia and of an exceptional experience of what must have been the first public archaeological museum that opened in Spain.

En la segunda mitad del siglo XVIII, por iniciativa del arzobispo A. Mayoral se constituyó en el palacio arzobispal de Valencia una biblioteca que pronto sirvió para albergar una colección numismática y un museo de antigüedades, cuya formación ya había comenzado en 1763. La decisión de que fueran considerados públicos desde su fundación, confirió al museo un carácter singular en relación con otras colecciones que se formaron por la misma época en España¹. Para su constitución se reunieron inicialmente algunas esculturas romanas halladas en una villa de la población del Puig (Valencia). Pocos años más tarde, el arzobispo ordenó la realización de excavaciones en 1768-69 en esta misma villa con el fin de recuperar piezas con las que enriquecer la colección, iniciativa que repitió el arzobispo F. Fabián y Fuero en 1777. Este es el mejor ejemplo en el País Valenciano de cómo el desarrollo de la anticuaria se manifiesta en dos actividades a menudo relacionadas: el coleccionismo de antigüedades y las primeras excavaciones arqueológicas². En pocos años llegó a reunirse un considerable número de esculturas, mosaicos, fragmentos de inscripciones y placas marmóreas y otras piezas menores que se instalaron en diversas dependencias del palacio arzobispal. Autores contemporáneos como A. Ponz, A. Valcárcel y A. Laborde describieron el museo e ilustraron algunas de sus piezas. La destrucción del palacio en 1812 hizo de estos testimonios directos la única fuente de información para el conocimiento de sus fondos. En este trabajo pretendemos profundizar en el proceso de constitución del mismo, estudiar su localización en el marco arquitectónico del palacio y conocer las piezas que lo formaban.

La formación del museo

En 1737 A. Mayoral Alonso de Mella (1685-1769) fue propuesto por el monarca Felipe V para la sede valentina, que ocupó hasta su muerte en 1769, durante un dilatado periodo de 32 años. Figura polémica en distintas facetas de su ejercicio³, durante sus primeros años en Valencia –desde 1738 hasta

1. Sobre el coleccionismo de antigüedades en España durante el siglo XVIII, puede verse: MORA, 2012.

2. Sobre las primeras excavaciones arqueológicas en el País Valenciano durante el siglo XVIII, puede verse: ARASA, 2012.

3. Sobre el arzobispo Mayoral pueden verse la introducción de MESTRE, 2009: 101-172, a su Epistolario con G. Mayans, y también la biografía de LLIN, 2007. G. Mayans expresa sus críticas con crudeza en una carta del 14 de octubre de 1769 al canónigo J. B. Hermán: “Era hombre que no perdonaba al dinero para conseguir lo que deseava; enemigo de hombres ingenuos i apreciador de aduladores; ambicioso en dejar nombre de sí, pensando que las fábricas le harían memorable, gastando en ellas lo que deviera en el fomento de la piedad y de las letras; vengativo contra los que le contradecían”: LEÓN, 2001, 590; MESTRE, 2009, 160. Cita recogida por BERCHEZ, 1993, 115-117; 2011, 119. También PONZ, IV, 1774, 136-137, 165, con mejores palabras, señalaba en su *Viage* que “(...) “mandó fabricar obras costosas, (...)”; y “En varias obras de entidad manifestó (...) su genio magnífico, é inclinado á grandes fábricas, (...)”.

1745– tuvo como secretario a F. Pérez Bayer⁴, que años más tarde destacaría como una importante figura de la ilustración valenciana y española. El proyecto de creación de un museo de antigüedades se desarrolló en los últimos años del arzobispado de Mayoral, y sobre su génesis tenemos escasas noticias en obras de algunos autores contemporáneos y en la correspondencia privada entre éste y G. Mayans Ciscar, el más importante de los intelectuales valencianos de la Ilustración y sin duda el de mayor proyección internacional. El proyecto inicial fue la formación de una biblioteca en el palacio arzobispal, que surgió de quien había sido secretario del arzobispo Mayoral, el mencionado Pérez Bayer⁵. Su cese como secretario en 1745, cuando ganó la cátedra de hebreo del Estudi General (UV), y al año siguiente la de Salamanca, debió ralentizar la marcha del proyecto (Mestre, 2009, 112).

Según M. A. de Orellana, abogado de los Reales Consejos y del Colegio de la Corte, que redactó su obra *Valencia antigua y moderna* en el último tercio del siglo XVIII, se fundó en 1758 como “biblioteca publica á beneficio del comun”⁶. Con anterioridad, a principios de siglo el arzobispo A. Folch de Cardona (1657-1724), que accedió al cargo en 1700, “ya tuvo el pensamiento é intento formar Biblioteca publica, para ello recogio, é hizo venir de fuera muchos (libros) (...)”⁷. Esta primera biblioteca arzobispal, que a decir de Orellana ya nació con la idea de ser pública, le fue expropiada a Folch por haber tomado parte del bando austracista en la guerra de Sucesión y enviada a Madrid, donde sirvió con otras para formar la Real Biblioteca, hoy Biblioteca Nacional⁸. Por su parte, Mayoral inició la formación de la nueva biblioteca a partir de la del Presbítero y Beneficiado en la Seo J. B. Cabrera y Rocamora, que la había heredado de su tío el canónigo L. Rocamora, fallecido en 1731. Como, según denuncia Orellana, “en Valencia por una antigua (aunque nunca justificada) costumbre pretende heredar el Arzobispo los muebles de los clérigos intestados, almenos quando no lo impugnan los mas inmediatos parientes del difunto”, al morir aquél intestado en 1756, Mayoral se apropió de su biblioteca. Fue entonces cuando Mayans aconsejó a Mayoral que la biblioteca que estaba formando fuese de carácter público, según le expresa en una carta del 26 de junio de 1756: “La Divinia Providencia ha ordenado que un hombre (J. B. Cabrera) ..., haya muerto intestado, para que V. S. Ilma. sea el primero que funde una librería pública en essa Ciudad, cuyo fondo de exquisitos libros ya está recogido” (Mestre, 2009, 113, 331). El mismo día escribe a A. Marcos Burriel comunicándole los hechos: “El Sr. Arzobispo se ha apoderado de su librería que después de la mía es la mejor de este reino. Se duda si la querrá para sus sobrinos o para que sea pública que es lo que yo le insto que haga” (Mestre, 1972, 626; 2009, 112). La biblioteca siguió acrecentando sus fondos mediante la adquisición de las de otros ilustrados fallecidos, como la del médico M. Seguer en 1759.

4. Sobre su etapa como secretario de Mayoral, puede verse la reciente biografía de SEGARRA, 2011, 65-66.

5. La formación de la biblioteca ha sido estudiada por MESTRE, 2009, 110-121. El papel de Pérez Bayer puede deducirse de algunas referencias que aparecen en la correspondencia de los hermanos Mayans. Son ejemplos de ello una carta de J. A. Mayans a su amigo A. I. Orbe del 20 de diciembre de 1749 en la que dice de aquél: “Tenía entonces ideas de sacar alguna pensión de su amo a título de una biblioteca pública” (MESTRE, 2009, 111). Y también la carta del 21 de junio de 1759 que el canónigo J. B. Hermán envía a G. Mayans anunciándole que Mayoral está esperando a Pérez Bayer “para tomar la última resolución sobre la bibliotheca pública tan premeditada” (LEÓN, 2001, 189; MESTRE, 2009, 114).

6. CRUILLES, 1876, 218-219, quien aporta diferentes noticias sobre su constitución y vicisitudes.

7. ORELLANA, 1923, I, 119-120: “En el año 1713 se comiso todo lo de dicho cardona por seguir este el otro partido de Carlos 3º el emperador. De los libros que dicho cardona tenia se formó la Real Biblioteca de madrid, con que es hijuela de nuestro Arzobispado”; CRUILLES, 1876, II, 218.

8. Sobre la figura del arzobispo A. Folch de Cardona, y en particular sobre su biblioteca, puede verse el trabajo de GIL SAURA, en prensa. Su contenido fue inventariado cuando se requisó para ser trasladada a la corte en 1712: constaba de 6630 volúmenes, más las colecciones de medallas y mapas: PRADELLS, 1984.

En 1760, un decreto real obligaba a los impresores del arzobispado a donar a la biblioteca un ejemplar de los libros que imprimiesen. Después de la expulsión de la Compañía de Jesús en abril de 1767, el 19 de setiembre de 1769, en plena disputa entre el Arzobispado y la Universidad por sus bibliotecas, poco antes de su muerte, Mayoral envió a J. Moñino, Conde de Floridablanca, un informe en el que exponía las razones por las que pensaba que aquellas debían incorporarse a la arzobispal y daba noticias de ésta: “Esta Universidad no tiene fondos de común con que mantener y adelantar la Librería, en caso de tenerla, y mucho menos dotar algún salario a los bibliothecarios y personas sirvientes (...). No hay necesidad de más libros para los estudiantes pobres que llegan a la Universidad, pues desde 1759, funciona la Bibliotheca Arzobispal, con 12.000 volúmenes, estando abierta al público (...)”. Finalmente, aunque la Real Cédula de 4 de mayo de 1770 resolvió que las bibliotecas de los Jesuitas pasasen a la Universidad, en 1772 las bibliotecas particulares de los regulares de la orden pasaron íntegramente a la del Arzobispado, que de esta manera experimentó un notable incremento (Vilar, 2001, 31-33). Más adelante, siendo arzobispo Fabián y Fuero, en 1774 falleció el cronista de la ciudad A. Sales, gran amigo de Mayans, y su biblioteca también pasó a formar parte de la del arzobispo. Al año siguiente, en 1775, el canónigo J. Valcárcel Dato donó la suya por disposición testamentaria (Mestre, 2009, 113, 116-117). Con todo ello, según apunta Orellana, aunque mediante Real Cédula de su Majestad de 17 de febrero de 1771 se ordenó la “dotación de bibliotecas en todas las capitales para el cultivo de las letras, muy pocas, ó ninguna podra aventajarse, ó tal vez igualar á la expresada de Valencia”.

En la correspondencia entre Mayans y Mayoral, la primera noticia sobre la constitución de la biblioteca aparece en una carta del primero del 29 de enero de 1760: “Sea enhorabuena esa grande libreria, que no solo tiene espacioso lugar, vistosos estantes i buenas luces, sino mejor dueño, que sabe enriquecerla con muchos y escogidos libros”. A finales de este año, el 22 de diciembre Mayans escribe de nuevo a Mayoral y le expresa: “Ya sé yo que esa librería tiene gran aumento. Imagino que es mayor que la de Santo Domingo. Esto quiere decir que es la más numerosa de este Reino” (Mestre, 2009, 412). Mayoral recibió los consejos de Mayans para su ampliación, según puede verse en algunas otras cartas, orientados sobre todo a la adquisición de obras, colecciones y otras bibliotecas cuyos propietarios habían fallecido. Dicha biblioteca fue la primera de carácter público en la ciudad, tuvo unos fondos muy heterogéneos y contó con dos bibliotecarios desde 1760⁹.

Pocos años después, el proyecto inicial se amplió con la constitución de un museo y monetario. La primera noticia de esta iniciativa figura en una carta de Mayoral a Mayans del 28 de octubre de 1763 (Figura 1), donde le explica: “Al presente lleba bastante atencion el Museo i Monetario (fruta del tiempo y moda), [que] se pondrá en pieza separada, porque tengo terreno a satisfacción, que antes no tenía. El cura de Cullera y D. Francisco Pérez han tomado por su cuenta este ramo de [la] bibliotheca, que han enriquecido con millares de monedas; continuamente entran de otras partes, i ayer una caja de ellas de la Cartuja de Segorbe. Yo nada, nada, entiendo. (...)”. El arzobispo se sincera y explica que la iniciativa nace de la moda del coleccionismo vigente en la época, al mismo tiempo que reconoce su propia ignorancia sobre estos asuntos. Así, pues, hay que ver a Pérez Bayer como promotor del proyecto de formar un monetario y un museo. En cuanto al cura de Cullera, se trata de J. Ríos, a quien Flórez menciona al hacer la relación de los “Gabinetes de que el Autor se ha servido fuera de sus Medallas” en la introducción a su conocida obra sobre numismática: “El Doctor Don Joseph Rios, Rector de la Villa de Cullera en el Reyno de Valencia, se sirvió remitirme el mas

9. Según carta de Hermán a Mayans del 30 de noviembre de 1760: MESTRE, 2009, 116. Posiblemente Laborde se refiere a ella cuando dice que en Valencia había dos bibliotecas públicas: LABORDE, 1975, 10.

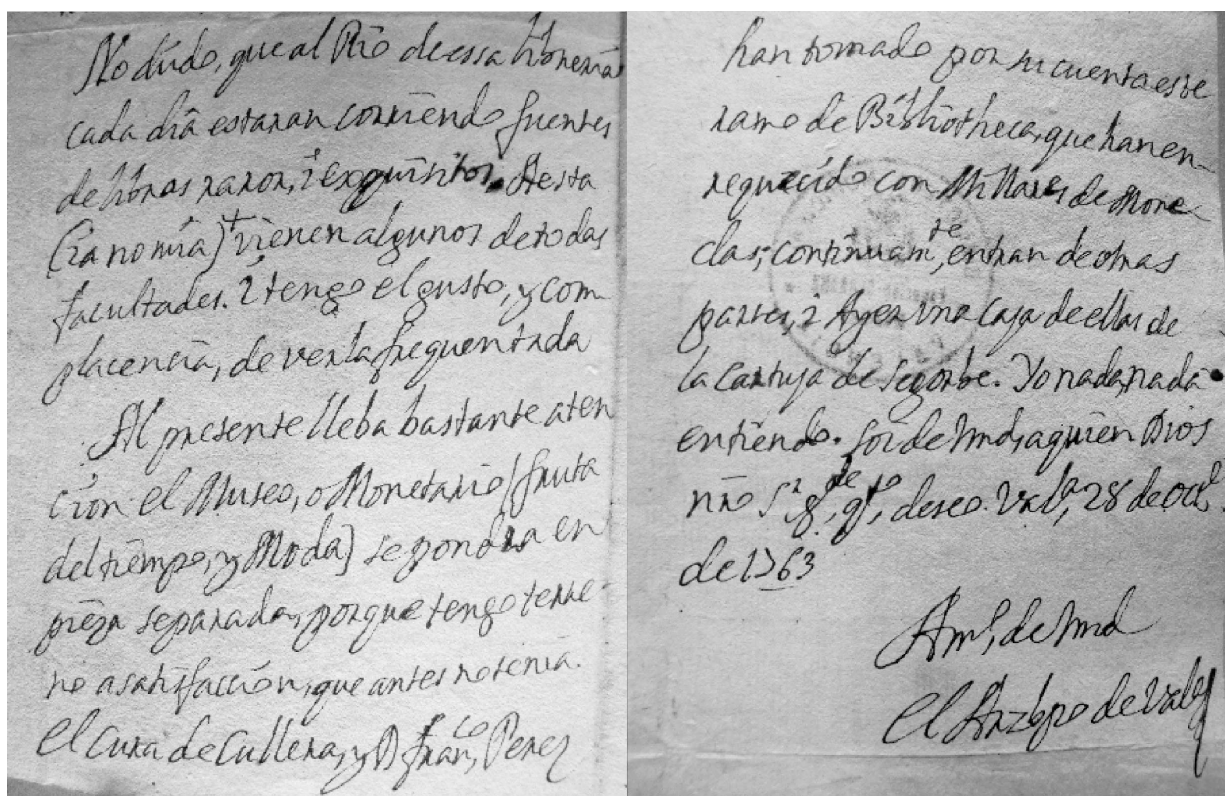


Fig. 1. Parte final de la carta de A. Mayoral a G. Mayans del 28 de octubre de 1763 en la que le comunica que está formando un museo y un monetario. AMV. Fondo Serrano Morales, 7272-46.

copioso numero de Monedas Saguntinas, que hasta hoy se han conocido, y despues trajo à Madrid las de otras Ciudades”¹⁰. También lo menciona González de Posada (1907, 469) en su relación de aficionados al coleccionismo de monedas, de quien dice que “hizo buena colección”.

La siguiente noticia sobre el museo la tenemos en 1768, en relación con la realización de unas excavaciones en la localidad valenciana del Puig con la finalidad de recuperar obras de arte con las que enriquecer sus colecciones. El lugar elegido fue una villa romana conocida ya desde 1608, cuando al transformarse una finca para el cultivo en la partida del Vilar se hallaron “cantidad de medallas, piezas enteras de sepulcros, con parte del letrero, y otros vestigios de indubitable antigüedad”, entre los cuales se menciona una escultura¹¹. De estos hechos tenemos una primera noticia en la síntesis que publicó Valcárcel sobre la historia del yacimiento, que menciona el cambio de propiedad a la familia Palau y la realización de excavaciones en el año de 1745 en las que “se encontraron

10. Lo menciona Pérez Bayer en una carta a Mayans del 2 de marzo de 1756 entre otros coleccionistas y estudiosos de monedas antiguas: MESTRE, 1977, 173, n. 199. Sobre él puede verse también: MESTRE, 2009, 116. El también cura J. B. Hermán, por entonces de la Font de la Figuera, amigo de G. Mayans, en su correspondencia con éste emite juicios muy negativos sobre J. Ríos y explica su enfrentamiento con el cronista de Valencia A. Sales: LEÓN, 2001, 367. Entre los Gabinetes y colecciones cuyos fondos consultó Flórez para la confección de su obra no figura el del palacio arzobispal de Valencia, que a penas aparece mencionado en las obras de la época; de la colección de Ríos se refiere a las monedas de Sagunto en tres ocasiones: FLÓREZ, I, 1757; II, 1758, 562, 565, 568. Sobre las colecciones numismáticas de la época, y concretamente sobre la obra de Flórez, puede verse: MORA, 1995, 69-75.

11. Una síntesis reciente sobre el mismo puede verse en: ARASA, 2011. Los hallazgos epigráficos han sido reunidos por CORELL, 2002, 532-547, n. 432-449, y los mosaicos reproducidos por Valcárcel fueron estudiados por BALIL, 1970, que los fechó en el siglo II dC. El conjunto escultórico, la parte más conocida de los hallazgos, ha sido estudiada en diversas ocasiones; puede verse: ARASA, 2004a, 315-320, fig. 9; 2004b, 234-238, fig. 1, con la bibliografía anterior.

seis estatuas de mármol sin cabeza, piernas ni manos, (...) y algunos fragmentos de las mismas estatuas: parte de estas volvieron á quedar enterradas, y otras se condujeron al Puig, colocándolas en la bodega del referido Palau”. (...) En el año de 1765 tuvo noticia de estos descubrimientos el arzobispo de Valencia D. Andrés Mayoral, que principiaba en aquel tiempo á formar la biblioteca y el museo arzobispal: deseoso de enriquecer su nuevo gabinete de antigüedades, pidió á D. Francisco Palau, (...) las estatuas referidas. Este se las regaló y le permitió que continuasen las excavaciones en el campo donde quedaron enterradas las otras; (...)”¹².

No hay ninguna referencia a estas excavaciones en la correspondencia entre Mayoral y Mayans. Las conocemos con detalle gracias a un manuscrito conservado en el monasterio del Puig cuyo autor es el fraile A. Dempere, que fue testigo presencial de las mismas¹³. Sus anotaciones empiezan el 15 de julio de 1768 y acaban en enero de 1769, aunque no sabemos con seguridad si los trabajos continuaron durante todo este tiempo. Dice Dempere: “En este campo, en el primer día, (...) empezaron á cavar tres hombres, de orden, y á expensas de Mosen Pedro Mayoral, (...) sobrino del Arzobispo de Valencia Don Andres Mayoral (...)”. Las excavaciones comenzaron en el lugar donde se habían enterrado los mármoles hallados en los trabajos de 1745, de manera que el primer día se encontraron cuatro grandes fragmentos escultóricos que describe. Los hallazgos siguieron produciéndose en gran cantidad: pavimentos mosaicos, elementos arquitectónicos, placas decorativas en relieve, etc. Como veremos, las piezas más vistosas de las encontradas en estas excavaciones pasaron a enriquecer el museo hasta constituir la parte fundamental de su colección. Por razones que desconocemos el manuscrito no alude a las excavaciones de 1777 que referimos a continuación.

A la muerte de Mayoral en 1769, cuando contaba con 84 años, el Canónigo Penitenciario J. Blanch hizo memoria de sus obras en la Censura al Sermón que el Canónigo Magistral C. Puig predicó en sus exequias; después de recordar los diferentes edificios que había construido, como la Casa de la Misericordia, la Casa de la Enseñanza para Niñas, el Colegio Andresiano para la Instrucción de Niños y la Fundación de Religiosos Agonizantes, menciona “la publica, i celebre Biblioteca de mas de 12 mil cuerpos de Libros, el Museo copioso de muchas antigüedades, la mejora de todo su Palacio, y de su Archivo, (...)”¹⁴. Años más tarde, después de su destrucción, en 1849 el cronista de Valencia V. Boix (1849, 200) cuantificaba los fondos de la biblioteca, aunque desconocemos sus fuentes: “El señor D. Andrés Mayoral abrió una biblioteca pública (en el Palacio Arzobispal), que contenía mas de cincuenta mil volúmenes (...)”.

El segundo impulsor del museo fue el arzobispo F. Fabián y Fuero, quien estuvo al frente de la sede valentina entre los años 1773 y 1794¹⁵. De sus actividades en relación con el museo no hay referencias en su correspondencia con Mayans. Orellana (1923, 166) menciona obras en la pared del palacio recayente a la calle de la Barquilla en el año 1776, posiblemente como continuación de

12. VALCÁRCEL, 1852, 81-83. Sobre la figura de Valcárcel, puede verse el libro de ABASCAL, DIE Y CEBRIÁN, 2009. El autor envió a la RAH su manuscrito en 1805, pero la obra no fue editada hasta 1852 por su anticuario A. Delgado. Sobre las excavaciones en la villa del Vilar (el Puig): ARASA, 2012, 355-359.

13. DEMPERE, *ca.* 1782, 33-46. Las últimas anotaciones del manuscrito son de 1782. Sobre Dempere puede verse: LLOMBART, 1879, 121. Estas notas fueron copiadas por RIBELLES, ms. 83, 133-153, y posteriormente publicadas en un libro en el que no figura el editor (ANÓNIMO, s. a. a., 41-43). Según ALMARCHE, 1918, 18, este libro fue editado por *Lo Rat Penat* l'any 1911.

14. PUIG, 1769. También lo menciona BÉRCHEZ, 2011, 167, n. 7.

15. Sobre el arzobispo Fabián Fuero pueden verse la introducción de MESTRE, 2009, 172-204, a su Epistolario con G. Mayans, y también la biografía de LLIN, 2007.

las reformas emprendidas con anterioridad¹⁶. La única noticia es de Valcárcel, quien parece haber tenido acceso a información directa por la precisión de los datos que menciona. Después de haber conocido la riqueza arqueológica de la villa romana del Puig, en enero de 1777 Fabián y Fuero ordenó realizar nuevas excavaciones en ella con la misma finalidad de acrecentar el número de antigüedades expuestas en el museo. Dice Valcárcel: “(...) resolvió el arzobispo hacer nuevas excavaciones, y aunque se practicaron con poco cuidado, se encontraron fragmentos y trozos de estatuas, y pedazos de tablas de mármol con restos de inscripciones indescifrables, (...). Por último, se descubrió el área de un edificio (...)”¹⁷. Valcárcel ilustró la planta de las ruinas encontradas con un croquis en el que se indican las habitaciones que estaban decoradas con mosaicos, y donde es posible reconocer diferentes estancias de la *pars urbana* de la villa, como los *balnea*, y de la *pars fructuaria*, como una almazara y una posible área de almacenamiento. Sobre éste, añade: “Planta del edificio descubierto en las ruinas del Puig, en las excavaciones practicadas en el año de 1777, y explicacion de las diferentes localidades en que estava dividido”. Posiblemente Valcárcel debió copiar este plano de algún documento existente en el museo; en relación con esta cuestión, debemos recordar que Dempere había elaborado un croquis de las excavaciones de Mayoral, que por desgracia no se conserva en su manuscrito. Hasta aquí todas las noticias sobre estas segundas excavaciones, cuyos principales hallazgos pasaron a enriquecer igualmente las colecciones del museo del palacio arzobispal.

Como hemos visto, Valcárcel se refiere al museo indirectamente en su síntesis sobre la historia del yacimiento del Vilar (El Puig) que había sido excavado por ambos arzobispos y había proporcionado un importante número de hallazgos escultóricos y musivarios de gran valor artístico (Valcárcel, 1852, 83-86). De todos ellos, Valcárcel ilustra y describe brevemente un fragmento escultórico que representaba un torso atribuible a Baco, 9 mosaicos posiblemente bícromos decorados con motivos geométricos y vegetales, dos que representan un ave y un pez posiblemente polícromos, numerosos fragmentos epigráficos y algunos de relieves y capiteles de pilastra. Por otra parte, en la descripción de uno de estos relieves (n. 230) se refiere a la fecha de su visita al Museo, lo que resulta de gran interés para conocer sus fondos en aquel momento: “Se copió así como la anterior en 29 de enero de 1790”; y repite más adelante: “252: [...] Se hallaron con todos los anteriores en las ruinas del Puig, y existían todos en el museo arzobispal de Valencia”.

También Ponz (1774: 170-172) menciona el museo en su *Viage de España*, donde explica su origen, lo describe brevemente y cita algunas esculturas, un mosaico y otras piezas menores: “Se debe hablar del Palacio Arzobispal, inmediato á la Metropolitana, que el Sr. Mayoral engrandeció de fábrica, y estableció en él una librería pública, la qual se va formando y llegará á ser de mucha consideracion, y utilidad, mediante el zelo del Exmo. Sr. D. Francisco Fabian y Fuero, dignísimo Prelado de esta Santa Iglesia. Asimismo se propuso el Sr. Mayoral, que hubiese Monetario, para lo qual desde entonces se han ido adquiriendo monedas de Césares, de Familias, y Colonias; y continuando, llegará á conseguirse una coleccion apreciable. Entre las antigüedades que hasta la hora presente hay

16. MESTRE, 2009, 122, cita un escrito de J. A. Mayans (ca. 1774) que trata sobre la “Historia de la Librería del Cabildo de la Metropolitana de Valencia”, en el que se menciona un proyecto finalmente no realizado de ampliación de la biblioteca: “Corría al mismo tiempo en Valencia la Voz de que el Sr. Fuero quería alargar la librería i passarla por encima de la Capilla Mayor de la Iglesia parroquial de Santo Thomás, que se avía de rebajar”.

17. En su opúsculo sobre los *Barros Saguntinos*, VALCÁRCEL, 1779, 19-20, lám. III, n. 1, menciona una estampilla sobre *tegula* de una marca conocida (*L. Her. Opt.*), que fue encontrada “(...) por el Señor Don Manuel Peris, Bibliotecario de la Biblioteca Arzobispal de Valencia, en una excavación que hizo cerca del Puig” (CORELL, 2002, 547, n. 450). Por la fecha podría tratarse de las que ordenó hacer Fabián y Fuero, que de esta manera pudieron ser dirigidas por uno de los bibliotecarios que posiblemente hacía también de Anticuario o conservador de la colección del Museo.

recogidas, se hallan diversos fragmentos de antiguas estatuas de marmol, encontrados cerca de Puzol, camino de Murviedro. Se vé un cuerpo, al parecer, de Hércules; esto es, la mitad de la figura, que los Italianos llaman *Torzo*: nosotros diríamos el tronco: hay otro semejante, cosa excelente. Se ve el tronco de un Sátiro, y otro de figura echada con parte de las piernas: tambien hay una figura, que parece de Baco, hecha pedazos, y se conserva una mano de buen caracter, puesta sobre un pellejo, como los pies, y piernas, que aún exísten. Se guardan asimismo dos bellas figuras hasta las rodillas, cuyo caracter es gentil, y como de mancebos; y últimamente hay allí algunas cabezas antiguas. Hay una urna sepulcral de barro, un pedazo de pavimento Mosaico, varios idolillos, vasijas, lucernas, y otras cosas pertenecientes al tiempo de los Romanos”. Tal vez el hecho de que solo se mencione parte de un mosaico signifique que los que representa Valcárcel todavía no se habían incorporado a la galería del Museo. A este respecto, hay que recordar que su visita debió producirse en la década de 1770, en los primeros años del arzobispado de Fabián y Fuero.

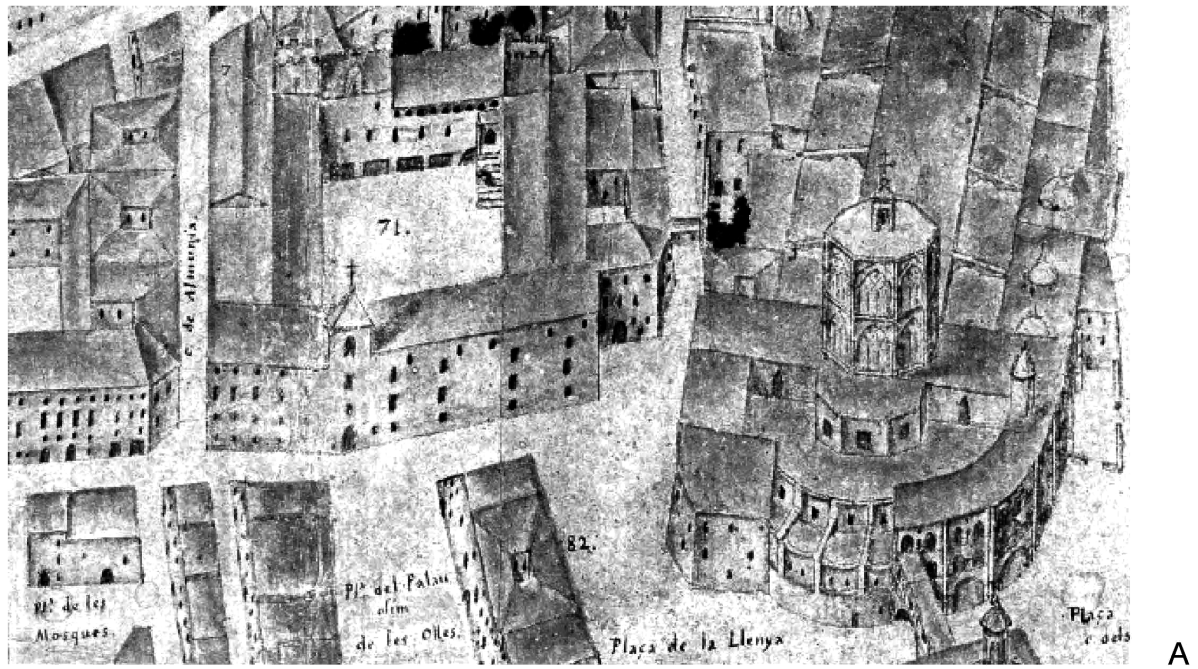
El último autor que publicó una referencia al museo después de haberlo visitado en los primeros años del siglo XIX es el viajero francés A. de Laborde, cuyas noticias son de gran interés¹⁸. En la publicación de su *Voyage* incluyó una lámina en la que figuran cinco esculturas, un ánfora, una teja, un proyectil de honda de plomo, un anforisco y un ungüentario de cerámica y 5 recipientes de vidrio, de los que nada dice en relación con su procedencia o lugar de conservación. Sin embargo, en el archivo del Museu Nacional d'Art de Catalunya se conserva un importante lote de dibujos originales realizados por el equipo de ilustradores que acompañaba a Laborde, que nunca llegaron a publicarse. En la edición catalana de 1975 de parte de la obra del viajero francés se incluyeron las reproducciones de estos dibujos, y entre ellos hay seis que ilustran la galería donde se encontraba ubicado el museo y las principales piezas que lo formaban con referencias explícitas a su procedencia y lugar de conservación. Se trata de 3 láminas a lápiz que representan 9 esculturas –entre ellas las incluidas en el libro– de las que se anotan las dimensiones, que se consideran dibujos más fieles y menos académicos que los publicados en el libro. Otras tres ilustraciones, a la tinta china y la acuarela, representan la planta de dicha galería y dos mosaicos. Sobre ellos nos extenderemos más adelante cuando hablemos de lugar que ocupaba el museo y de las colecciones que custodiaba.

También se hace referencia brevemente al museo en un manuscrito conservado en el British Museum que fue dado a conocer por Ripollès (2007). Debió redactarse entre finales del siglo XVIII y principios del XIX por parte de alguna persona que trabajaba en el arzobispado, que sin duda era aficionada a las antigüedades y la epigrafía. En él se da noticia de las excavaciones realizadas por orden del arzobispo A. Despuig Dameto en el Castell de Sagunt en el año 1795, así como del hallazgo de unos enterramientos medievales junto a la Catedral de Valencia en 1796. El autor, que sin duda debía conocer muy bien el museo, lo menciona solo de pasada en una de sus notas¹⁹. Por la misma época, Ribelles (1765-1826), que fue cronista de la ciudad de Valencia desde el año 1800 y por tanto debió conocer directamente el museo, lo menciona en el manuscrito que fue editado a principios del siglo XX (Anónimo, s. a. b, 41-43).

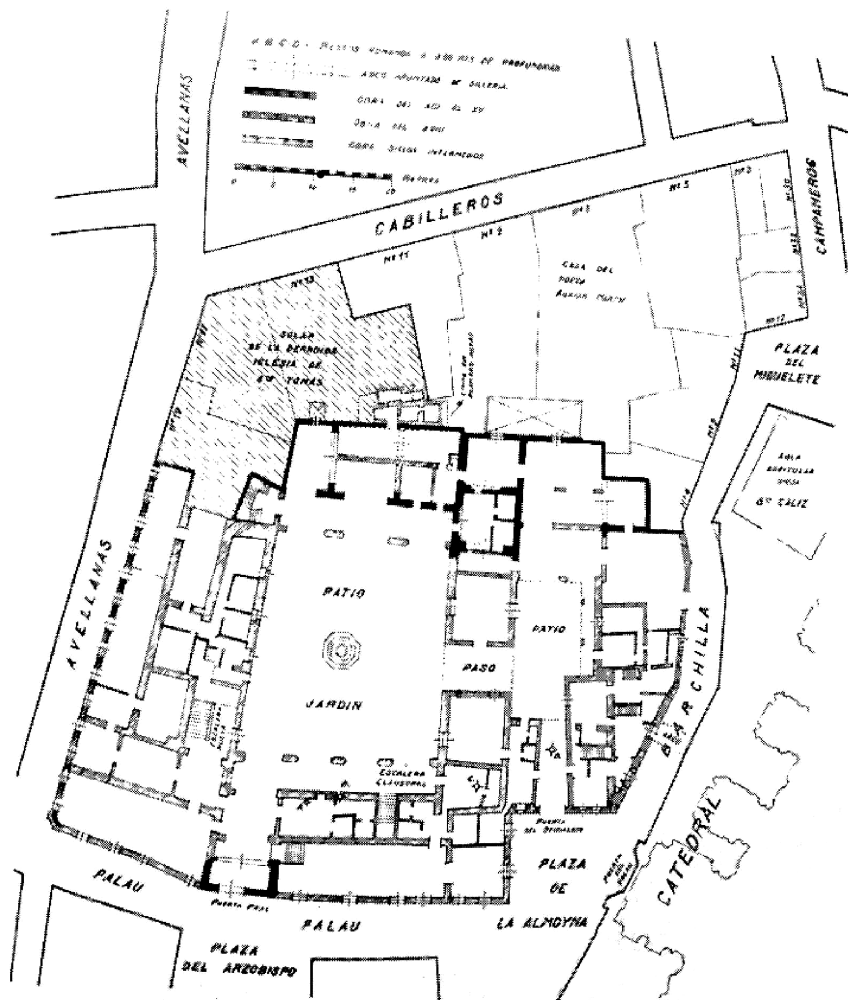
Estas son las fuentes a las que hacen referencia los autores que con posterioridad se han ocupado tanto del yacimiento como del propio museo. El primero de ellos, Ceán (1832) reúne los hallazgos citados por Valcárcel. Más adelante, Hübner (1862), Reinach (1899 y 1908) y Albertini

18. LABORDE, 1806-20, II: pl. XCIX; 1975: 25-26, pl. XCIX; y 263-266, n. 36-41. Laborde desarrolló su proyecto del *Voyage* entre los años 1801 y 1807.

19. ANÓNIMO, s. a. b. Sobre estas excavaciones puede verse: ARASA, 2012, 354-355, fig. 6.



A



B

Fig. 2. A) Detalle del Plano de Valencia de Tomás Vicente Tosca (1704), donde pueden verse el Palacio Arzobispal (n. 71) y la Catedral a su derecha. B) Croquis del Palacio Arzobispal de Valencia realizado por V. Traver (1946).

(1911-12) lo mencionan en relación con las esculturas²⁰. Como hemos visto, el Marqués de Cruilles (1876, 217-219) se refiere al monetario y a la biblioteca. Tramoyeres (1917, 39-40), Sanchis (1920, 219) y sobre todo Barberá (1923, 8-13) sintetizan su historia, este último con motivo de la apertura del nuevo Museo Diocesano en 1922. Otras referencias son las de Martínez Aloy (s. a., 750) y Tormo (1923, 101). Finalmente, entre los autores contemporáneos, algunos se refieren al museo por tratarse del primero en su género en el País Valenciano, como Gil (1994, 153), Martí (1995, 296), Corell (2002, 531-532) y Bérchez (2011, 118); otros lo citan en relación con la villa, como Fernández Castro (1982, 123-124), o las excavaciones, como Mora (1998, 98) y Arasa (2012, 356-358); y el resto lo hacen de manera general, particularmente en referencia a la colección escultórica, como Bru (1963), Llobregat (1976 y 1980), Abad (1985 y 1987), Martí (1997) y Arasa (2004a-b y 2011)²¹.

El Palacio Arzobispal y la galería del museo

El edificio del Palacio Arzobispal de Valencia es muy poco conocido por razón de su doble destrucción: en enero 1812, durante la guerra de la independencia, y en julio de 1936, al principio de la guerra civil. Al finalizar ésta se reconstruyó en un estilo ecléctico según el proyecto del arquitecto castellonense V. Traver Tomás entre 1941 y 1946²². El nuevo edificio, que cedió parte de su superficie para ensanchar las calles adyacentes, conserva algunos elementos del antiguo palacio, entre los que destaca la sala de arcos góticos, mientras que el resto es de nueva planta²³. El primitivo complejo debió empezar a levantarse pocos años después de la conquista cristiana de la ciudad, posiblemente al mismo tiempo que la propia catedral, y debía estar acabado en 1279 cuando se encuentra la primera referencia documental. Con pocas adiciones y reformas el palacio llegó a principios del siglo XVIII, cuando aparece representado en el plano de Valencia del padre T. V. Tosca en 1704 (Figura 2, a), y en el posterior grabado de 1738. Con una superficie aproximada de 4.000 m², según Traver, en su fachada se distinguen cuatro plantas y una puerta de arco apuntado rematada con una torre; contaba con dos patios: uno pequeño de servicio y otro noble de mayores proporciones; tenía dos torres almenadas y un cuerpo residencial situado en el lado opuesto a la entrada (Zaragoza e Iborra, 2008, 138-139). La estructura general del edificio, con la distribución que se aprecia en el plano de Tosca, debió mantenerse después de su destrucción en 1812, según puede deducirse de la comparación entre éste y el de reforma interior de Valencia de L. Ferreres de 1891 y el levantado por Traver inmediatamente después de la guerra, que acompaña con fotografías en las que pueden verse las partes conservadas²⁴ (Figura 2, b), por lo que puede hablarse de una continuidad estructural del edificio. Traver señala que toda la parte del palacio que daba al exterior, desde la calle de la Barcella a las del Palau y Avellanes, era obra del siglo XVIII.

20. CEÁN, 1832, 106; HÜBNER, 1862, 288-289; REINACH, 1899, II, 137, n. 2; 471, n. 3; 472, n. 8; 594, n. 8; 1908, II, 1, 101, n. 6; ALBERTINI, 1911-12, 337-342.

21. BRU, 1963, 178, 180; LLOBREGAT, 1976; 1980, 108; ABAD, 1985, 365; ABAD, 1987, 172, 174; MARTÍ, 1997, 492-493; ARASA, 2004a, 303-304, 315-322; ARASA, 2004b, 234-238; ARASA, 2011, 53-55.

22. Al finalizar la primera fase de reconstrucción, el arquitecto publicó un libro en el que reunió algunas noticias sobre la historia del edificio e incluyó los planos del mismo y un extenso reportaje fotográfico en el que figuran los hallazgos arqueológicos realizados en la reconstrucción, algunos de época romana: TRAVER, 1946.

23. Un análisis del proyecto de reconstrucción de Traver puede verse en: CORTÉS, SALVAT Y LABASTIDA, 2011, donde se recogen algunos apuntes sobre la historia del edificio.

24. Ambos reproducidos por ZARAGOZA E IBORRA, 2008, 135, al igual que el detalle del plano de Tosca (1704) que aquí incluimos.

La gran reforma del palacio la inició el arzobispo Mayoral a mediados del siglo XVIII. El proyecto debió iniciarse con la adquisición de varias casas en la calle Avellanas, que permitieron incorporar al edificio todo el lateral oeste del patio mayor hasta la vecina iglesia de Santo Tomás. A ella debe aludir Mayoral cuando el 28 de octubre de 1763 le explica a Mayans que “el Museo i Monetario (...), se pondrá en pieza separada, porque tengo terreno a satisfacción, que antes no tenía”. Se refiere Mayoral a que el museo se instalará en una estancia diferente a la biblioteca, que había empezado a formarse algunos años antes, pues ya la menciona Mayans en enero de 1760. El mencionado terreno, por tanto, ya se había adquirido en 1763, pero el edificio en el que había de instalarse el museo todavía no estaba acabado.

Un testigo de estos hechos fue J. Teixidor y Trilles, bibliotecario del Real Convento de Predicadores que en 1767 dejó manuscrita su obra *Antigüedades de Valencia*, que no vio la luz hasta que en 1895 la editó el canónigo R. Chabás en la serie *Monumentos históricos de Valencia y su reino*. Sobre el Palacio Arzobispal, dice Teixidor (1895, II, 255): “El señor Arzobispo Don Andres Mayoral le ha reedificado casi todo, puesto que el lienzo entero de la calle Santo Thomas, el lo ha hecho fabricar, comprando las casas que havia en dicha calle, i concedió al Clero la sacristia i archivo capaz que le faltava; i sobre su techo el archivo i oficinas correspondientes, i a la parte de la catedral todas las oficinas que en el se ven. El Maestro Albañil de todas estas fábricas fue Josef Herrero, natural de Agullente, que aun vive, i es Maestro Albañil de la Ciudad”. Así pues, el arquitecto de las obras fue J. Herrero (1697-1772), una de las más relevantes personalidades de la arquitectura valenciana de este siglo, fundador de la *Academia Matemática*, que llegó a ser Maestro Mayor del arzobispado y de la ciudad, a quien Mayoral encargó también diversas obras como la Casa Hospicio de la Misericordia, la Real Casa de Enseñanza, el Colegio Andresiano para la Instrucción de Niños, etc²⁵.

El segundo autor contemporáneo que da noticia directa del nuevo edificio y de la biblioteca es M. A. de Orellana Mocholí (1731-1813) en su obra *Valencia antigua y moderna*, publicada en 1923, que recoge textualmente el Marqués de Cruilles. Sobre la biblioteca, dice Orellana que “para la plantificación de ella, (Mayoral) costeó proporcionada obra desde la esquina del *Palau* acia la Plaza de la *Almoyna*, y acia Santo Thomas. Despues por el tiempo se le añadieron á dicha Biblioteca otros dos salones prolongados, de forma que hoy se compone de quatro dilatadisimos corredores en alto, que comprenden en medio el gran patio del Palacio, que es tan cumplido, y aun dire tan magnifico, y grande, que tiene en quadro 60 pasos”²⁶. En la referencia a su destrucción, el Marqués de Cruilles también concreta su localización: “La parte del edificio recayente á la calle de las Avellanas, cuyo segundo piso ocupaba la biblioteca, sufrió un considerable incendio en 1812 producido por una granada que reventó en ella durante el sitio que entonces sufrió la ciudad”²⁷.

De los datos que proporcionan ambas noticias se deduce, como resume Traver (1946, 30), que el arzobispo adquirió las casas de la actual calle Avellanas que quedaban entre el palacio y la iglesia de Santo Tomás, y allí levantó un nuevo edificio que cerró por ese lado el patio grande del palacio, del que se cedió a aquella un espacio en la planta baja para sacristía y archivo con acceso independiente. Fue aquí, en el edificio construido en el lado oeste del gran patio, donde se instaló la biblioteca. Su posterior ampliación llegó a ocupar hasta cuatro salones que daban a dicho patio.

25. A su autoría se refieren VILAPLANA, 1995, 159, y BÉRCHEZ, 2011, 118. Entre sus obras más relevantes figuran la iglesia de Alcalà de Xivert, la renovación de la iglesia de San Martín de Valencia, la Capilla de Santa María de Elx y la iglesia parroquial de Pedralba. Sobre la figura de J. Herrero pueden verse las referencias de BÉRCHEZ, 1987, 48 n. 3; 1993, 93, 109-115.

26. ORELLANA, 1925, 119-120; CRUILLES, 1876, II, 217-218.

27. Incluye aquí la anécdota siguiente: “Cuéntase que con denodado arrojo, para extinguir el incendio, el general español que mandaba en Valencia atravesó con una tabla la calle desde los tejados de las casas de enfrente: es cierto que la anchura de la calle, entonces reducida á casi la mitad del ancho actual, se prestaba á ello”.

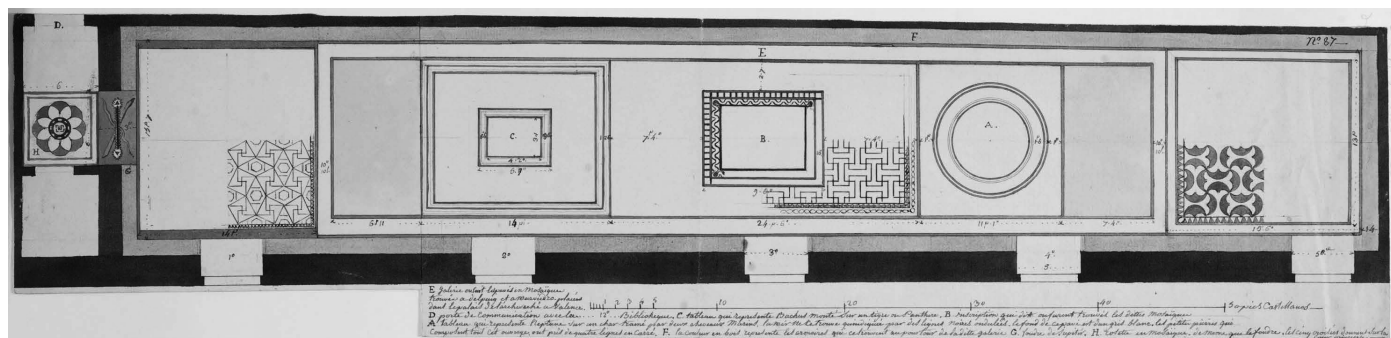


Fig. 3. Planta de la galería del Palacio Arzobispal donde se encontraba el Museo de Antigüedades, según Laborde. MNAC. Museu Nacional d'Art de Catalunya. Barcelona. Fotografos: Calveras/Mèrida/Sagristà.

Años más tarde, Laborde hizo un dibujo de la planta del museo (Figura 3). La *Galerie*, como la denomina, es de planta rectangular, y la escala en pies castellanos que incluye entre el dibujo y la leyenda permite calcular de manera aproximada sus dimensiones: 30,6 x 5,7 m. En uno de sus lados mayores se representan cinco ventanales de los que explica: “Ces cinq croisées donnent sur la cour principal”. El museo, pues, daba al patio grande, de manera que ocupaba la parte interior del que pudo ser un nuevo cuerpo del edificio, según puede deducirse de sus características y dimensiones, y sobre todo de los mencionados ventanales, propios de la arquitectura de la época. Al museo se podía acceder solo por una puerta que vemos representada en el dibujo, situada en una estrecha habitación localizada en su extremo izquierdo, a modo de vestíbulo, que daba a otra estancia emplazada en el lado opuesto al patio, de la que se dice: “Porte de communication avec la Bibliothèque”. Así, pues, uno de los salones de la biblioteca y el museo estaban situados en la misma planta, y probablemente el primero ocupaba la galería colindante que debía dar al lado opuesto, es decir, a la calle.

Por otra parte, Laborde señala que todo su perímetro se hallaba rodeado de armarios: “Le contour en bois represente les armoires qui ce trouvent au pourtour de la ditte galerie”. Nada sabemos de su contenido, pero cabe señalar que cuando Laborde describe los dos mosaicos que ilustra los sitúa en la misma biblioteca: “on le voit presentement a la Bibliothèque publique du Palais de l’archeveché de Valence” (n. 40). Posiblemente no se trate más que de una referencia general, ya que los autores contemporáneos se refieren también a la biblioteca y no al museo, aunque no puede excluirse la posibilidad de que dicha galería formara parte literalmente de la biblioteca, es decir, que los armarios albergaran libros, con lo que parte de las antigüedades expuestas habrían estado integradas en ella. No sabemos si también fue este el caso de las esculturas, de cuya ubicación nada dice el autor. Tampoco hay ninguna referencia sobre la ubicación del resto de piezas como los fragmentos epigráficos, placas marmóreas y recipientes de cerámica y vidrio, que pudieron estar almacenados en alguna otra estancia. En cualquier caso, todo ello resulta coincidente con las descripciones anteriormente vistas, según las cuales la biblioteca ocupaba inicialmente el segundo piso del nuevo edificio recayente a la calle Avellanas, el museo se dispuso en “pieza separada” y más adelante, cuando aumentaron los fondos de aquella, llegó a ocupar “quatro dilatadissimos corredores en alto”.

Sobre el plano levantado por Traver, una galería con las características y dimensiones de la representada por Laborde pudo estar situada efectivamente en el edificio que ocupaba el lado oeste del patio grande, en la parte recayente a éste, donde se aprecian algunos ventanales como los dibujados por aquél. Aunque la distribución interna de esta parte que puede verse en el plano de Traver no se corresponde con una sala diáfana como debió ser la ilustrada por Laborde, debe tenerse en cuenta que aquella pudo ser diferente en una segunda altura y que además el edificio fue reconstruido con posterioridad a 1812. Además, en el tiempo transcurrido entre su constitución y la visita de

Laborde, los dos ambientes –biblioteca y museo– acrecentaron sus contenidos de manera notable, por lo que llegaron a ocupar un espacio mayor que el inicialmente previsto, como sabemos por Orellana que efectivamente sucedió con la biblioteca; ya hemos visto que en 1769, cuando falleció Mayoral, contaba con más de 12.000 volúmenes, y según noticia de Boix llegó a tener más de 50.000. En cuanto al museo, a la colección numismática se fueron incorporando estatuas, mosaicos y otros objetos hasta constituir un verdadero museo. Por todo ello no resultaría extraño que, tras varias décadas, el proyecto original se hubiese replanteado hasta llegar a la situación descrita por Laborde, en cuya descripción la propia galería del museo parece formar parte de la biblioteca.

El monetario y el museo

El coleccionismo de monedas fue una práctica desarrollada por numerosos estudiosos y aficionados en siglos anteriores, cuando empezaron a publicarse los primeros tratados²⁸. En el siglo XVIII se había extendido de manera notable y, entre muchos otros, algunos destacados personajes de la Ilustración reunieron importantes monetarios²⁹, como el mismo M. Martí, o A. Valcárcel, autor de un tratado de numismática (Valcárcel, 1773). En este contexto, la constitución de un monetario por el arzobispo de Valencia A. Mayoral no fue un hecho especialmente destacado, aunque el rango de su promotor debió facilitar sin duda su constante ampliación hasta alcanzar unas proporciones considerables. En 1763, antes de la finalización del edificio que albergaría el museo, la colección numismática ya debía ser numerosa, pues en carta del 28 de octubre de 1763 explica que se había “(...) enriquecido con millares de monedas; (...)”. En su contestación del 30 del mismo, Mayans le aconseja que no se limite a recibir las monedas que le envíen y que debe ordenar que dibujen y estudien por separado las ibéricas y provinciales: “Mucho me alegra que V. S. Ilma. vaya enriqueciendo de medallas su librería, para que no le falte tan preciosa erudición. Recibir V. S. Ilma. lo que le dan no es mucho. Ser liberal es propio de su genio, i lo será V. S. Ilma. con los presentes i venideros, si manda dibujar en papeles separados todas sus medallas de caracteres desconocidos i todas las de los municipios i colonias de España; i no faltará después quien añada las inscripciones bien leídas; i sobre las desconocidas haga una disertación que tiene más de quinientos presupuestos; esto es, verdades averiguadas pertenecientes a averiguar la letura de los caracteres desconocidos. Si esta propuesta se hiciera a algún inglés, tenpo por cierto que la aceptaría. V. S. Ilma. piense para qué aprovechan los tesoros escondidos” (Mestre, 2009, 426).

Entre los coleccionistas de la época, tan sólo Valcárcel se refiere al monetario del Palacio Arzobispal en una carta al Marqués del Valdeflores del 12 de febrero de 1772, a quien le explica que “mi museo va creciendo y ha abastecido de algunas al del arzobispo de Valencia que su bibliotecario me pide y remito yo”³⁰. Más adelante, en su mencionado manuscrito de 1805, González de Posada (1907, 472) se refiere a él en los siguientes términos: “D. Francisco Fabián y Fuero no perdonó gastos y diligencias para hacer monetario en la Biblioteca Arzobispal”. Con posterioridad a su destrucción, en 1849 el cronista Boix (1849, 200) cuantificaba los fondos del monetario, aunque como hemos señalado a partir de fuentes desconocidas: “El señor D. Andrés Mayoral abrió una biblioteca pública (...), y un rico monetario que no bajaba de seis mil medallas, griegas y romanas, halladas la mayor

28. En general, sobre el coleccionismo en la época de los Austrias, puede verse: MORÁN, 2010, 297-348.

29. Sobre la numismática en la España de la Ilustración puede verse el trabajo de RODRÍGUEZ CASANOVA, 2012.

30. ABASCAL, DIE Y CEBRIÁN 2009, 77, 122. Por otra parte, en su mencionado tratado de Numismática, VALCÁRCEL, 1773, 2, alude de manera general a otras colecciones valencianas; después de agradecer a Mayans que le hubiera dejado estudiar la suya, añade: “I fuera mayor este Volumen, si conforme trata no mas que de éstas (las de Mayans), i las mías, se huvieran tenido presentes las de varios Gabinetes del Reino”.

Dempere menciona además otra no citada por estos autores que por la descripción debía tratarse del dios Pan o un fauno. Por su parte, Ponz cita “una figura echada con parte de las piernas” que podría ser diferente de las ya conocidas, entre las cuales no hay ninguna yacente, o tratarse de una mala interpretación por el estado fragmentario en que se encontraba y corresponder a alguna de las anteriores. En el museo había al menos otra escultura hallada en 1781 en el vecino pueblo de Rafelbunyol, según indica Dempere (*ca.* 1782, 47). Por tanto, en total había al menos 10 figuras del Puig y una de Rafelbunyol, más numerosos fragmentos en su mayoría procedentes de la primera población. Laborde las representa parcialmente restauradas a partir de diversos fragmentos, operación que sin duda debió exigir el trabajo de algún escultor o persona formada en las artes, tal vez procedente de la Real Academia de San Carlos, con la que el arzobispo Mayoral tuvo una estrecha relación³³.

De este conjunto escultórico, algunas piezas pueden identificarse con seguridad y otras solo de manera aproximada. Se trata de Dionisos del tipo Sátiro copero, Narciso o Sátiro de pie, Sátiro en reposo, Sileno sentado sobre un odre, el llamado Apolo, Eros “distruido”, un torso masculino con túnica al hombro, Attis o Paris, un trapezóforo y Pan o Fauno. Al menos cinco de estas estatuas pertenecen al ciclo báquico: Dionisos, Narciso o Sátiro, Sileno, Sátiro y Pan o Fauno; y de ellas las tres primeras eran estatuas-fuente. Algunos autores han señalado que estas tres debían formar parte de la decoración de las termas de la villa donde fueron encontradas, ya que presentan estrechos paralelos con conjuntos escultóricos propios de estas instalaciones. De algunas de estas obras puede deducirse su buena calidad a través de los detalles de los dibujos de Laborde. Varias copian con bastante fidelidad originales griegos de los periodos clásico y helenístico, y pueden considerarse verdaderas *opera nobilia* (Koppel, 1995, 44), algo que convierte a la villa del Puig en un caso singular en el contexto de los conjuntos escultóricos conocidos en el País Valenciano, y sobre todo teniendo en cuenta su procedencia del mundo rural.

Por otra parte, ya hemos mencionado que Dempere cita otra escultura hallada en la misma villa del Vilar que también fue llevada al museo y no reproduce Laborde, tal vez porque no llegó a exhibirse: “un monstruo con espaldas humanas, el pie, y la garra derecha de cabrón, ò becerro (...) con la pezuña partida y el izquierdo con su garra, de hombre; lo demás le falta; esto es: desde cintura arriba por donde se quebrò”. Según hemos visto, esta descripción puede corresponder al dios Pan o a un Fauno.

Como hemos señalado anteriormente, Dempere recoge además dos piezas escultóricas encontradas en el vecino pueblo de Rafelbunyol. De la primera no incluye una descripción porque no la pudo ver, pero sí lo hace de la segunda de manera detallada: “Año 1781 hallan, abriendo zanja junto à esa casa (...) una estatua de marmol, que trageron al Arzob., y colocaron en su Museo: y era notoriamente de Romanos segun las señas que me dieron; mas no la vi (...). También año 1782 descubre una estatua de marmol Manuel Fenollosa del mismo Rafelbuñol en la casa que hizo en medio de este prado abriendo zanjas para los cimientos de ella (...) esta me la enseñó la tarde del Miér. 5 de junio (...) y se reduce à estatua de 3 palmos desde el hombro al pie, como niño de 3 añ.; (...). Procuraron ver si hallarian la cabeza; mas no han podido conseguirlo; que en este de cabezas, assi aquí, como en el Puig siempre se ofrecio la mayor dificultad; (...)”.

El hecho de que no describa la primera escultura, de la que dice explícitamente que fue llevada al museo, nos impide determinar si se trata de alguna de las anteriormente descritas. De la segunda, que sí describe, no lo dice, aunque por el contexto puede deducirse que también debió

dibujos las líneas de fractura son similares, por lo que parece tratarse de la misma pieza. Dado que Valcárcel la vio en 1790 y posiblemente Laborde más adelante, puede deducirse que en el tiempo transcurrido entre ambas visitas debió ser restaurada.

33. El arzobispo Mayoral fue benefactor de la Academia de Bellas Artes de San Carlos, a la que visitó en varias ocasiones en los años 1754, 1756 y 1757: BÉRCHÉZ, 1987: 34-36; 2011, 118.

llevarse allí. Según las medidas que anota, su altura sería de unos 66-67 cm, por lo que sus proporciones pudieron ser próximas al natural ya que se trataba de una figura infantil. Es posible que Dempere no pudiera identificar correctamente el felino y que se tratara realmente de una pantera, con lo que la divinidad representada pudo ser Baco niño.

Los mosaicos

El segundo componente destacado de las colecciones que albergaba el museo son los mosaicos, que reproducen igualmente Valcárcel y Laborde. Ya hemos visto como Ponz menciona un solo fragmento de mosaico hacia 1774, por lo que posiblemente su traslado e instalación debieron hacerse con posterioridad, tal vez después de las excavaciones de 1777. En su visita de 1790, Valcárcel ya menciona un importante número de mosaicos, aunque nada dice del lugar donde se conservaban. Laborde, en los primeros años del siglo XIX, explica que en el pavimento de la galería del museo se encontraban empujados siete mosaicos. En total, entre ambos autores mencionan trece mosaicos, de los cuales todos los representados por Valcárcel provenían de la villa del Puig, uno de los representados por Laborde tenía la misma procedencia y el otro era una reproducción del mosaico hallado en Sagunto en 1745; del resto que representa en la planta de la galería del museo, nada dice Laborde sobre su origen.

Laborde destaca dos mosaicos con sendos dibujos particulares a la acuarela (Figura 5). Se trata de la mencionada reproducción del mosaico de Sagunto y de otro del Puig que representaba a Neptuno. Empezaremos la descripción por ellos, y concretamente por el de Sagunto, dado que el resto posiblemente procedía del Puig. Está señalado en el plano de la galería con la letra C, y era una reproducción que había encargado Fabián y Fuero del hallado en Sagunto en 1745, en el curso de unas obras para la construcción del camino real, del cual conocemos el dibujo original gracias al informe que de aquellos hallazgos redactó por encargo del monarca Felipe V el ministro de la audiencia de Valencia y académico de la RAH M. Eugenio Muñoz³⁴. La importancia que se otorgó al hallazgo fue tal que el rey ordenó su conservación, para lo que se construyó una caseta cuyo plano se conserva entre los manuscritos del propio Muñoz³⁵. El mosaico representa en su centro a Dionisos cabalgando sobre un tigre; en los 4 ángulos se sitúan otros tantos jarrones de los que surgen tallos de vid, y de ellos crecen racimos de uva que son recolectados por 12 erotes. El mosaico, que reproduce un tema muy conocido, ha sido estudiado en diversas ocasiones³⁶.

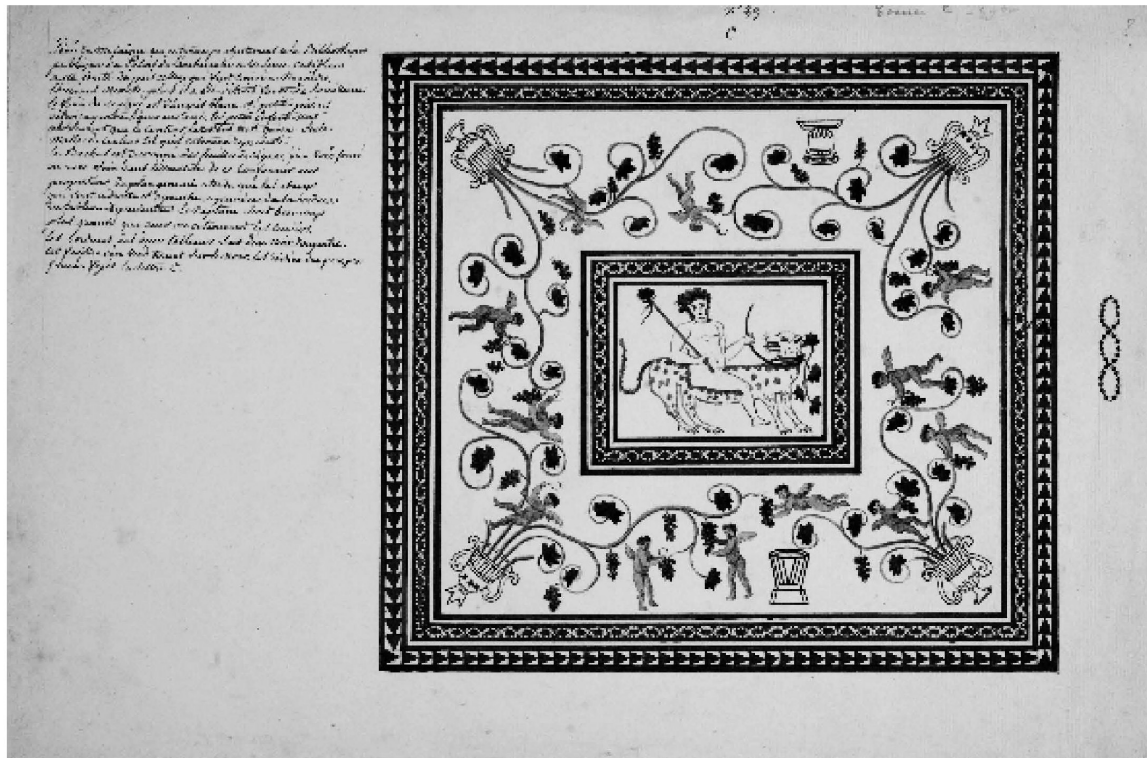
El segundo mosaico, señalado con la letra A y dibujado a la tinta china y acuarela, procedía de la villa del Puig, era de forma cuadrada y representaba el triunfo de Neptuno: el dios con el tridente sobre una carro del que tiran dos hipocampos rodeado por una *laurea*; en las esquinas 4 jarrones de los que nacen tallos vegetales³⁷. Se trata de un tema bastante conocido en la musivaria (Neira, 1997). De los otros 4 mosaicos que Laborde representa en la galería del museo, dos se corresponden

34. OLCINA, 1991. Sobre estas excavaciones puede verse también: MORA, 1998: 96; y ARASA, 2012, 348-352.

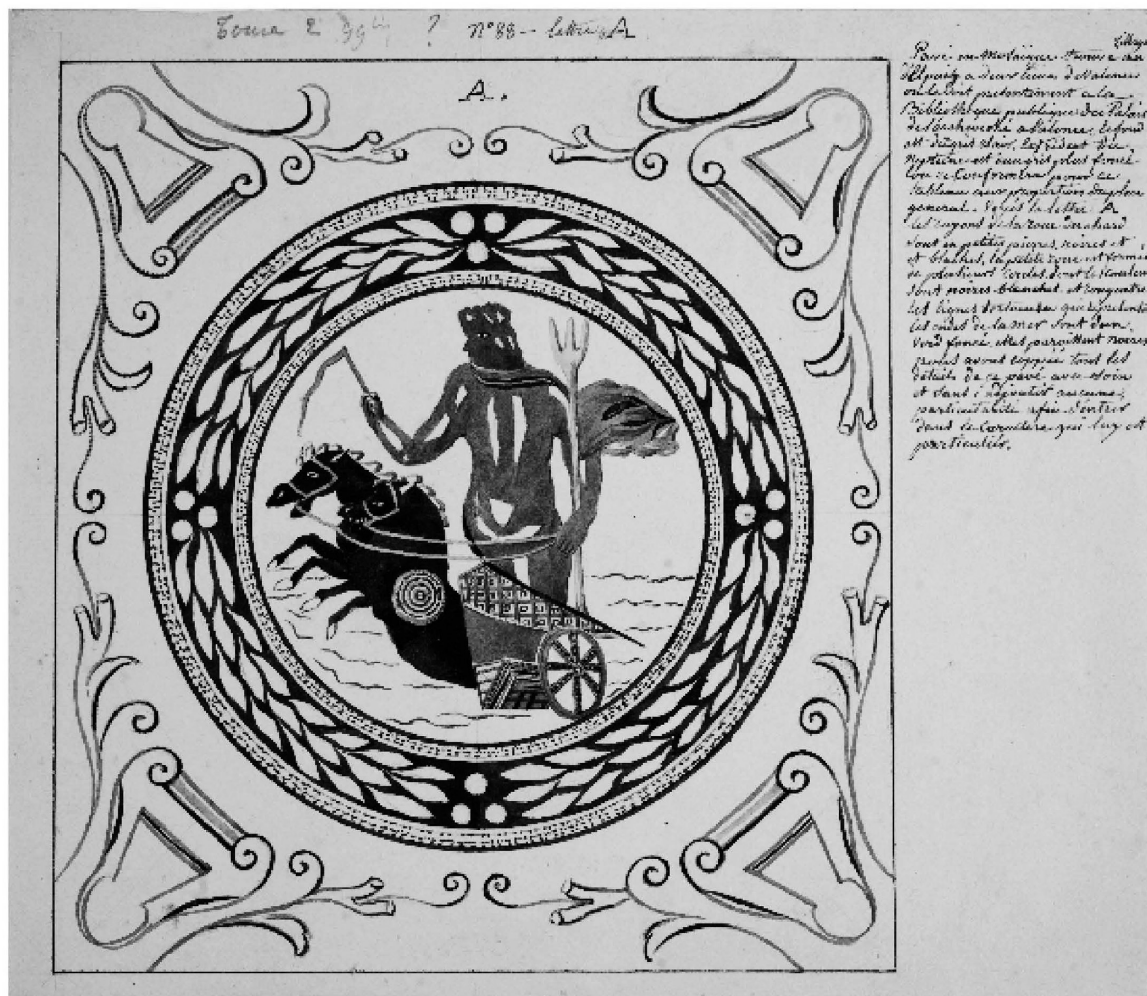
35. Cabe apuntar que esta medida no sirvió de mucho, pues como explica PONZ, 1789, 225-226, los visitantes se llevaron las teselas hasta hacerlo desaparecer completamente, de manera que él mismo sólo lo pudo ver por una reproducción, como también le sucedió a VALCÁRCCEL, 1852, 57, en su primera visita a la población. Éste señala que del mosaico se habían hecho dos copias: una pintada sobre baldosas que había encargado F. Puig y se conservaba en Sagunto, y otra, la que había encargado Fabián y Fuero para el museo y fue confeccionada con teselas de otros mosaicos, que es la que reproduce Laborde. De ésta se hicieron diferentes dibujos, uno de los cuales se encontraba en la biblioteca de Mayans, del cual a su vez se hicieron varias copias como las acuarelas conservadas en la RAH.

36. Puede verse sobre todo el trabajo de BALIL, 1978b; otras referencias posteriores en: GUARDIA, 1992, 360; ABAD, 1985, 369; y ARANEGUI, 2004, 178-182, fig. 6.4.

37. El mismo Laborde lo menciona y reproduce en otra publicación: LABORDE, 1801, 100 y 103. También lo mencionan REINACH, 1922, 35, 7; y NEIRA, 1996, 561-562, Tav. III, 1a-b.

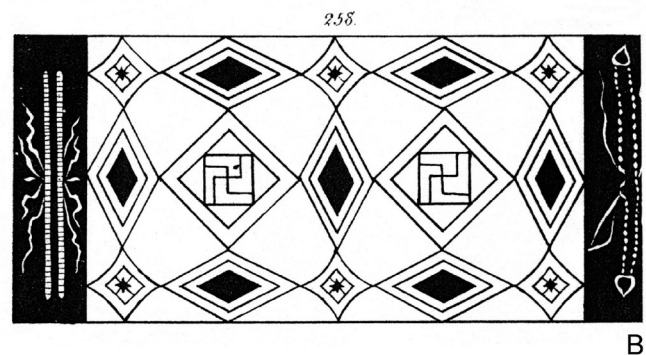
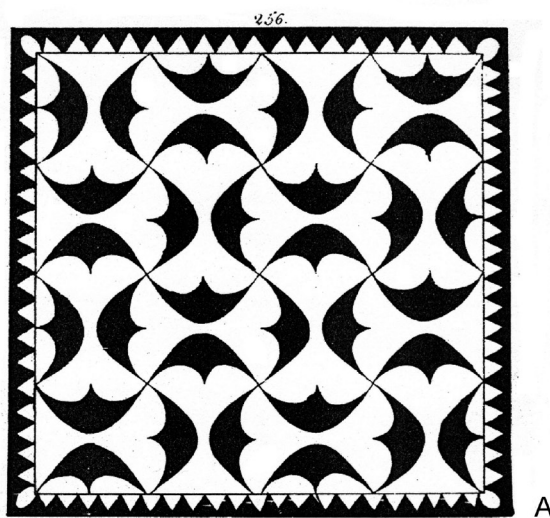
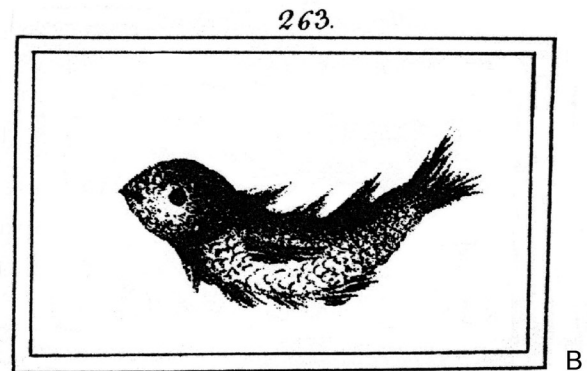


A



B

Fig. 5. Mosaics preserved in the Museum of Antiquities of the Arzobispal Palace, according to Laborde: A) Copy of the mosaic of Bacchus of Sagunto; B) Mosaic of Neptune of Vilàr (el Puig). MNAC. Museu Nacional d'Art de Catalunya. Barcelona. Photographs: Calveras/Mèrida/Sagristà.



Figuras 6-7. Mosaicos del Vilar (el Puig) conservados en el Museo de Antigüedades del Palacio Arzobispal, según Valcárcel (1852).

con seguridad con otros tantos de los reproducidos por Valcárcel, y un tercero resulta dudoso; el resto parecen diferentes. No hay ninguna indicación sobre su procedencia. El señalado con la letra G y descrito como *le foudre de Jupiter* podría ser el n. 258 de Valcárcel, que representa un panel con motivos geométricos flanqueando lo que parece ser la representación esquemática de dicho símbolo. El señalado con la letra H representa una roseta de 8 pétalos.

En cuanto a los dibujos de Valcárcel, ya hemos dicho que reproduce 11 mosaicos: 9 posiblemente bícromos decorados con motivos geométricos y vegetales y 2 que representan un ave y un pez, posiblemente sendos *emblemata* policromos (Figuras 6-7). Su importancia atrajo la atención de diversos autores, entre los que destaca Balil que los estudió y fechó entre los siglos II y III dC³⁸. En el croquis de la planta de la villa romana del Puig, Valcárcel menciona un total de 9 estancias decoradas con pavimentos de *opus tessellatum*, una de *opus sectile* y otra con un pavimento de mármol del que no precisa sus características. Es posible que, de la misma manera que alguna de las esculturas del museo pudiera proceder de Rafelbunyol, también algún mosaico de los allí conservados tuviera el mismo origen, ya que Dempere (*ca.* 1782) da noticia en 1781 del hallazgo de mosaicos en esta población.

38. PUIG I CADAFALCH, 1934, 354 y 368, figs. 454-455, 457, 485, 491, 494-495; GARCÍA DE CÁCERES, 1948; y BALIL, 1970.

Otras piezas

Como hemos señalado anteriormente, el museo guardaba otras piezas además de las esculturas y mosaicos. Aparecen descritas brevemente por los tres informantes sobre el mismo, Ponz, Laborde y Valcárcel, y representadas por los dos últimos. El primero cita “una urna sepulcral de barro, (...) varios idolillos, vasijas, lucernas, y otras cosas pertenecientes al tiempo de los Romanos”. Laborde representa en la lámina que ilustra su *Voyage* un ánfora, una teja, un proyectil de honda de plomo y 6 recipientes de cerámica y vidrio. Nada dicen sobre su procedencia, aunque puede suponerse que fueron encontrados en las excavaciones promovidas por ambos arzobispos en la villa del Puig. Sin duda fueron seleccionados por recuperarse enteros, tal como los dibuja éste. La primera de las piezas representadas, aunque aparece un tanto idealizada y a una escala muy reducida, debe ser un ánfora vinaria del tipo Dressel 2-4 que puede fecharse en los siglos I-II, muy común en la época altoimperial y que fue fabricada en el territorio de *Saguntum* para envasar el vino que allí se producía. Debemos recordar a este respecto que en 1774 se encontró en esta misma villa una matriz de bronce de las utilizadas para sellar contenedores cerámicos³⁹, y que en la última anotación del manuscrito de Dempere en 1803, firmada por el entonces archivero del convento Quilis, se menciona justamente el hallazgo de un asa de ánfora con un sello⁴⁰. En cuanto a los pequeños recipientes, los cerámicos son un anforisco y un ungüentario, mientras que los de vidrio son tres ungüentarios y dos botellitas. Se trata de recipientes que frecuentemente forman parte de los ajuares funerarios, y el hecho de conservarse enteros puede explicarse porque tal vez se recuperaron en las excavaciones de la necrópolis de la villa.

Por su parte, Valcárcel hace una descripción más prolija de los objetos encontrados en la villa del Puig que estaban depositados en el museo y los ilustra. De todos ellos dice al final: “Se hallaron con todos los anteriores en las ruinas del Puig, y existían todos en el museo arzobispal de Valencia”. Los elementos que menciona en mayor número son las inscripciones, entre las que incluye el epígrafe funerario de los propietarios de la villa que cita pero no ilustra⁴¹, además de 19 fragmentos que dibuja⁴². El autor destaca, como también hace Dempere en su manuscrito cuando describe los hallazgos de las excavaciones de 1768-69, el gran número de fragmentos de losetas de varios colores que se encontraban en el museo. De todas ellas destaca e ilustra cinco fragmentos decorados con finos relieves (Figura 8), del primero de los cuales dice: “Número 229. Es una loseta de mármol blanco, que tenía de alto siete pulgadas. Había trozos de la misma labor, y su grueso ó espesor era de siete líneas. En el mismo palacio arzobispal de Valencia se conservaban infinitas losetas de mármol de tres y cuatro piés con bajos relieves, algunas labradas por ambas partes, las cuales supone el autor habían servido para tabiques y otras para pavimentos: la mayor parte eran del jaspe melado de la cantera

39. *Cn. Corneli Victoris*: DEMPERE, ca. 1782, 47v; CIL II² 14, 57; CORELL, 2002, 546-547, n. 449, que lo fecha en el siglo II dC. Es imposible determinar si en esta villa se producía vino o aceite, y naturalmente también lo es determinar si el contenido de las ánforas selladas con dicha matriz era uno u otro producto.

40. *B. C. Marterni Sacynto*, documentado en Roma. DEMPERE, ca. 1782, 48; CORELL, 2002, 545-545, n. 448, que lo fecha en el siglo I dC.

41 Se trata de la inscripción CIL II² 14, 599; CORELL, 2002, 532-534, n. 432. Había sido considerada falsa anteriormente y fue revisada por Grau, 1992, que demostró su autenticidad. Es el epitafio de una familia constituida por *Publius Cecilius Rufus*, su esposa *Valeria* y sus hijas, que en vida rodearon su propiedad con una cerca, dotaron su residencia con jardines y baños y construyeron un monumento para que fueran depositadas sus cenizas en él. Se fecha en el siglo II y contiene una singular formulación con reminiscencias poéticas de la que encontramos un paralelo en otro epitafio de Roma.

42. VALCÁRCEL, 1852, 84, n. 234-252; CIL II² 14, 603-616; CORELL, 2002, 534-545, n. 433-447.

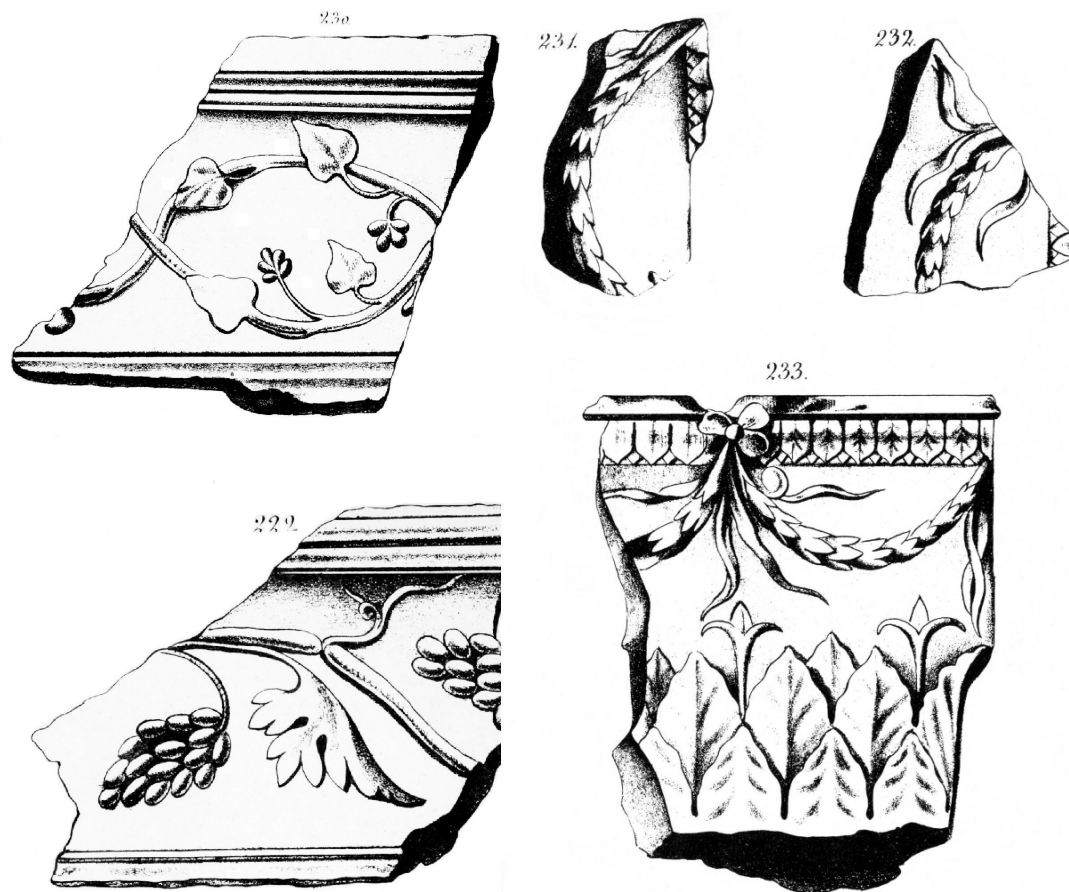


Fig. 8. Lámina de Valcárcel (1852) con fragmentos de placas de mármol decoradas procedentes del Vilar (el Puig) y conservados en el Museo d'Antigüedades del Palacio Arzobispal.

de Buscaró, otras de jaspe cárdeno con manchas amarillas y otras de verde moteado de blanco; vió también los restos de una urna de mármol, cornisas y trozos de estatuas en abundancia” (Valcárcel, 1852, 229-233).

Los dos primeros son sendos fragmentos de placas decoradas con motivos vegetales: uno con un tallo de viña con racimos de uva y otro con dos tallos de hiedra entrelazados. Los otros tres pertenecen al menos a un capitel de pilastra corintio. Todos deben pertenecer a los revestimientos marmóreos (*crustae*) de las paredes que debían decorar las estancias más lujosas de la villa. En cuanto a las losetas labradas por ambas caras, debía tratarse de relieves decorativos como el *oscillum*, destinado a colgarse, o el *pinax*, que descansa sobre un pequeño pilar, que normalmente se situaban en los peristilos. Valcárcel cita también ‘restos de una urna de mármol’, tal vez en referencia a una crátera de carácter ornamental, de las utilizadas en espacios abiertos como los jardines. Cabe destacar que este autor reconoce la caliza marmórea de Buixarró (Xàtiva), posiblemente por primera vez en el campo de la arqueología (Cebrián y Escrivà, 2001), y que Dempere identifica el *jaspi de la Cinta* o brocatel. Por su carácter fragmentario, estas piezas debían conservarse en un lugar a parte, tal vez en alguna estancia utilizada a modo de almacén.

Consideraciones finales

Hasta aquí hemos visto la escasa información que tenemos del primer museo de antigüedades que se formó en Valencia, del que debemos destacar su carácter público, como el de la misma biblioteca.

La importancia de sus fondos permite equiparar este museo a otras colecciones que se formaron en aquella época en nuestro país, entre las que podemos destacar el “museo oficial” de F. Bruna en los Reales Alcázares de Sevilla y la privada de P. Leonardo de Villacevallos en Córdoba (Beltrán y López Rodríguez, 2003). Tal vez haya que buscar en Italia los modelos que inspiraron la idea de constituir un museo de estas características, y ello por el papel que debió tener en su formación quien fuera secretario del arzobispo, F. Pérez Bayer, uno de los referentes culturales de la Ilustración española que –como otros destacados personajes de la época– viajó a Italia en 1752 (Mora, 2003) y conoció las grandes colecciones de antigüedades reunidas por destacados miembros de la nobleza y la jerarquía eclesiástica.

Sin duda, con el carácter público que Mayoral quiso dar tanto a la biblioteca como al museo –y que se mantuvo durante los años en que existió– seguía la recomendación que dio Mayans al conocido coleccionista cordobés P. L. de Villacevallos hacia 1743, y que ignoramos si hizo llegar también al arzobispo: “Considere vuestra merced que toda esta rica posesión en tanto es loable es en cuanto se dirige a un uso honesto, que no debe fundarse en el mero gusto de contemplar la Antigüedad, sino en la útil aplicación de tan exquisitas noticias”⁴³. Efectivamente, la útil aplicación, inserta en el ideario ilustrado del “bien común”, se le dio al proyecto desde su misma concepción.

Sin embargo, esta loable iniciativa adoleció de una falta de dirección experta en la anticuaría. El inspirador del proyecto, Pérez Bayer, había obtenido la cátedra de hebreo de Salamanca en 1746 y residió buena parte de su vida fuera de Valencia; su promotor, el arzobispo Mayoral, reconocía su ignorancia en la materia; incluso quien de manera más cercana se ocupó de la colección numismática, el párroco J. Ríos, ejercía su ministerio en la población de Cullera, a cierta distancia de la capital. No hay noticias de que la situación cambiase con Fabián y Fuero, el otro arzobispo que ordenó la realización de excavaciones con el fin de seguir incrementando los fondos del museo. Ninguna de las figuras más destacadas entre el anticuariado valenciano ejerció la dirección real de esta colección, y tan sólo los dos mencionados supervisaron su formación en los primeros años. Posiblemente esta función la debieron ejercer algunos de los dos bibliotecarios que tuvo la institución desde casi el principio de su constitución. Este aspecto es importante porque permite establecer una clara diferencia entre ésta y buena parte de las colecciones de la época, reunidas por miembros significados del anticuariado, como puede verse especialmente en el caso de Andalucía (Beltrán, 2001). Por otra parte, el museo de Valencia es un magnífico ejemplo de la utilización de una colección de antigüedades con una función ornamental y como elemento de prestigio (Mora, 1998, 49-51), en este caso en un espacio público dedicado a biblioteca, en el que las antigüedades expuestas debieron estar integradas.

El final de este museo pionero en su género en nuestro país es suficientemente conocido: todo fue destruido el 7 de enero del año 1812 cuando el ejército francés a las órdenes del general Suchet bombardeó la ciudad de Valencia. La noticia inicial es del catedrático de árabe y bibliotecario de la Universidad M. Liñán, cuyo testimonio recoge Fernández de Navarrete en 1825 y posteriormente Fuster en 1830: “Las bibliotecas de la Universidad y del Arzobispado de Valencia fueron abrasadas y enteramente consumidas el día 7 de enero de 1812 por las bombas en el sitio que puso a la ciudad el mariscal Suchet”⁴⁴. Aquel aciago día, varios cañonazos cayeron sobre la universidad, el palacio

43. BELTRÁN, 2001, 143; MORA, en BELTRÁN Y LÓPEZ RODRÍGUEZ, 2003, 53.

44. FERNÁNDEZ NAVARRETE, 1825, 132; FUSTER, 1830, II, 160. Posteriormente citan esta noticia, entre otros autores: BOIX, 1849, 200; CRUILLES, 1876, 217; RIBELLES, en Anónimo, s. a. b, 41-43; ALBERTINI, 1911-12, 327-328; MARTÍNEZ ALOY, en CARRERAS, II, s. a., 218; TRAMOYERES, 1917, 39-40; ALMARCHE, 1918, 7; SANCHIS, 1920, 218-219, 228, 259; GOBERNA, 1985, 14; CABEZAS, 2000, 110; y SEGARRA, 2011, 292-294. En la traducción al español del libro de LABORDE, 1816, 84-86, ya se menciona su destrucción. Tal vez, como en el caso de la biblioteca de la

arzobispal y el convento de los Agustinos, y provocaron incendios que devastaron las tres mayores bibliotecas de Valencia, su primer museo arqueológico y un considerable monetario; posiblemente el saqueo completó la dispersión de los restos conservados y su desaparición. La primera había sido enriquecida enormemente con la donación de la biblioteca privada de F. Pérez Bayer en 1785. La segunda, que en palabras del Marqués de Cruilles “quedó en extremo mal parada”, fue formada de nuevo por el arzobispo S. López y Sicilia y estaba acabada en 1831, contando en 1876 con más de 10.000 volúmenes. La tercera era la mayor de todos los conventos de la ciudad.

Tras el breve intento de formación de un nuevo museo por parte del propio Mariscal Suchet en 1812, el nuevo Museo Arzobispal se constituyó por iniciativa del arzobispo Reig Casanova en 1922 (Tormo, 1922-23). La realización del proyecto corrió a cargo del capellán F. Vidal, quien fue su primer conservador. Éste “descubrió en el piso alto del palacio arzobispal, bajo los escombros y capas de yeso y polvo, fragmentos de tres pavimentos teselados, que se habían recuperado tras el incendio de 1812”, según recoge Barberá (1923, 10). Tan sólo catorce años después, pocos días después de la rebelión militar de julio de 1936, el palacio –y con él la biblioteca y el nuevo museo– fueron pasto de las llamas por segunda vez en su historia.

Universidad, de la que se salvaron ejemplares del fondo de Pérez Bayer (CABEZAS, 2000, 110), se salvaran libros y objetos arqueológicos, pero no hay más constancia de ello que la reseña que citamos a continuación.

Fuentes

- ALEMANY PEIRÓ, A. ed. (2007): *Gregorio Mayans y Siscar. Epistolario XXII. Los hermanos Mayans y los inquisidores*, Oliva.
- ANÓNIMO (s. a. b): *Apología de la laboriosidad y conducta del P. M. Fr. Bartolomé Ribelles, del orden de Predicadores*. Valencia.
- ANÓNIMO (s. a. a): *Manuscrito anónimo y sin título conservado en el British Museum*, London.
- CEÁN BERMÚDEZ, J. A. (1832): *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*. Madrid.
- CRUILLES, MARQUÉS DE (1876): *Guía urbana de Valencia antigua y moderna*, II, Valencia.
- DEMPERE, A. (ca. 1782): “Notas sobre los vestigios del termino del Puig, en especial en el campo de Palau”, *Inscripciones, armario de reliquias, lámparas, etc. de la Iglesia del Puig*, ms. Biblioteca Mercedarios del Puig.
- FERNÁNDEZ NAVARRETE, M. (1825): *Colección de los viages y descubrimientos, que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv: con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la Marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*, Madrid.
- FLÓREZ, H. (1747-1773): *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*, Madrid.
- FUSTER, J. P. (1830): *Biblioteca valenciana de los escritores que florecieron hasta nuestros días*, II, Valencia.
- GONZÁLEZ DE POSADA, C. B. (1907): “Noticia de españoles aficionados a monedas antiguas”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 51, Madrid, 452-484.
- LABORDE, A. DE (1801): *Description d'un Pavé en Mosaique, découvert dans l'ancienne ville d'Italica, aujourd'hui le village de Santiponce près de Sevilla*, Paris.
- (1806-20): *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, 2 vols., Paris.
 - (1816): *Itinerario descriptivo de las provincias de España*, Valencia.
 - (1975): *Viatge pintoresc i històric. El País Valencià i les Illes Balears*, Montserrat.
- LEÓN NAVARRO, V. (2001): *Correspondencia de los hermanos Mayans con el canónigo Juan Bautista Hermán. Epistolario XVIII*, Oliva.
- LLOMBART, C. (1879): *Los fills de la morta viva. Apunts bio-bibliogràfics pera la historia del renaixement lliterari llemosí en Valencia*, Valencia.
- MESTRE SANCHÍS, A. (1972): *Gregorio Mayans y Siscar. Epistolario II. Mayans y Burriel*, Oliva.
- (1977): *Gregorio Mayans y Siscar. Epistolario VI. Mayans y Pérez Bayer*, Oliva.
 - (2009): *Gregorio Mayans y Siscar. Epistolario XXIV. Mayans y los arzobispos de Valencia Orbe, Mayoral y Fabián y Fuero*, Oliva.
- ORELLANA MOCHOLÍ, M. A. DE (1923): *Valencia antigua y moderna*, Valencia.
- ORTIZ Y SANZ, J. (1807): *Viage arquitectónico-anticuario de España*, Madrid.
- PONZ, A. (1774): *Viage de España, ó cartas, en que se dá noticia de las cosas mas apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*, IV, Madrid.
- PUIG, C. (1769): *Sermón, que en las solemnes exequias, que celebró el ilustrísimo cabildo de la Santa Metropolitana Iglesia de Valencia por su difunto prelado el Ilustrísimo señor D. Andrés Mayoral arzobispo de la misma, dijo el Dr. D...*, Valencia.
- RIBELLES, B. (ms. 83): *Diversos*, Archivo de los PP. Dominicos de Valencia (siglo XIX).
- TEIXIDOR Y TRILLES, J. (1895): *Antigüedades de Valencia. Observaciones críticas donde con instrumentos auténticos, se destruye lo fabuloso, dejando en su debida estabilidad lo bien fundado*, II, Valencia.
- VALCÁRCCEL, A. (1773): *Medallas de las Colonias, Municipios i Pueblos antiguos de España hasta hoy no publicadas*,
- (1779): *Barros Saguntinos*, Sueca.
 - (1852): *Inscripciones y antigüedades del Reino de Valencia, Memorias de la Real Academia de la Historia*, VIII.

Bibliografía

- ABAD CASAL, L. (1985): “Arqueología romana del País Valenciano: panorama y perspectivas”, *I Jornadas de Arqueología de la Universidad de Alicante*, Alicante, 337-382.
- (1987): “L'art romà”, *Història de l'art valencià*, I, València, 147-189.
- ABASCAL, J. M.; DIE, R.; CEBRIÁN, R. (2009): *Antonio Valcárcel Pío de Saboya Conde de Lumiare (1748-1808). Apuntes biográficos y escritos inéditos*, RAH, Madrid.

- ALBERTINI, E. (1911-12): "Sculptures antiques du Conventus Tarraconensis", *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, IV, 323-474.
- ALMARCHE VÁZQUEZ, F. (1918): *La antigua civilización ibérica en el Reino de Valencia*, Valencia.
- ARANEGUI GASCÓ, C. (2004): *Sagunto*. Oppidum, emporio y municipio romano, Bellaterra.
- ARASA I GIL, F. (2004a): "Esculturas romanas desaparecidas al País Valencià", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXV, Valencia, 301-344.
- (2004b): "La decoración escultórica de las *uillae* en el País Valenciano", *Actas de la IV Reunión sobre Escultura Romana en Hispania*, T. Nogales y L. J. Gonçalves (Coord.), Madrid, 229-253.
- (2011): "El Vilar (el Puig). La vil·la de P. Caecilius Rufus", *Actes del III Congrés d'Estudis de l'Horta Nord*, I, J. V. Frechina et al. (eds.), Ed. Universitat Politècnica de València, València, 49-72.
- (2012): "Dar alguna luz a la historia antigua". Les primeres excavacions arqueològiques al País Valencià en el segle XVIII", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXIX, Valencia, 341-378.
- BALIL, A. (1970): "Los mosaicos de la villa romana de El Puig de Cebolla (Valencia)", *Studia Archaeologica*, 6, Santiago de Compostela, 7-12.
- (1978a): "Esculturas romanas de la Península Ibérica (II)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XLIV, 349-374.
- (1978b): "Mosaico de Dionysos hallado en Sagunto", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XLIV, 389-396.
- (1983): "Esculturas romanas de la Península Ibérica (VI)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XLIX, 215-265.
- (1985): "Esculturas romanas de la Península Ibérica (VII)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LI, 187-230.
- BARBERÁ SENTAMÁNS, A. (1923): *Museo Arqueológico Diocesano de Valencia. Catálogo descriptivo de los objetos que contiene, con notas previas de legislación Canónica sobre la materia y noticias del Museo de Antigüedades de Mayoral y Fabián Fuero*. Valencia.
- BELTRÁN FORTES, J. (2001): "La escultura clásica en el coleccionismo erudito de Andalucía (siglos XVII-XVIII)", *El coleccionismo de escultura clásica en España*, M. Mancini (coord.). Madrid, pp.143-171.
- BELTRÁN, J.; LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R. eds. (2003): *El Museo cordobés de Pedro Leonardo de Villacevallos. Coleccionismo arqueológico en la Andalucía del siglo XVIII*, Málaga-Madrid.
- BÉRCHEZ, J. (1987): *Arquitectura y Academicismo en el siglo XVIII Valenciano*, Valencia.
- (1993): *Arquitectura Barroca Valenciana*, Valencia.
- (2011): "En otros climas. (Ecos arquitectónicos de la Valencia Moderna)", *Memoria Académica 2010-2011*, Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, Valencia, 111-169.
- BRU I VIDAL, S. (1963): *Les terres valencianes durant l'època romana*. València.
- MARTÍNEZ ALOY, J. (s. a.): *Geografía General del Reino de Valencia. Provincia de Valencia*, Barcelona.
- CEBRIÁN, R.; ESCRIVÀ, I. (2001): "La piedra de Buixcarró en las obras públicas de Valencia", *Saguntum. PLAV*, 33, Valencia, 97-110.
- CIL II²/14 = ALFÖLDY, G.; MAYER, M.; STYLOW, A. U. eds. (1995): *Corpus inscriptionum latinarum II: Inscriptiones Hispaniae latinae. Editio altera. Pars XIV: Conventus Tarraconensis. Fasciculus primus: pars meridionalis Conventus Tarraconensis (CIL II²/14), fasc. 1*, Berlín.
- CORELL I VICENT, J. (2002): *Inscripcions Romanes del País Valencià. I. (Saguntum y el seu territori)*, València.
- CORTÉS, L.; SALVAT, J.; LABASTIDA, E. (2011): "El Palacio Arzobispal de Valencia: hipótesis de una historia constructiva", *Actas del Séptimo Congreso Nacional de Historia de la Construcción*, S. Huerta, I. Gil, S. García y M. Taín (eds.), Madrid, 273-281.
- FERNÁNDEZ CASTRO, M^a C. (1982): *Villas romanas en España*. Madrid.
- GARCÍA DE CÁCERES, M^a T. (1948): "Mosaicos romanos de la provincia de Valencia", *Crónica del IV Congreso Arqueológico del SE*, Elche, 411.
- GIL SALINAS, R. (1994): *Arte y coleccionismo privado en Valencia del siglo XVIII a nuestros días*. Valencia.
- GIL SAURA, Y. (en prensa): "Antonio Folch de Cardona (1657-1724): de arzobispo de Valencia a presidente del Consejo de España en Viena", *Circulations artistiques dans la Couronne d'Aragon (XVII-XVIII siècle). Le rôle des chapitres cathédraux, Coloquio organizado por la Casa de Velázquez*.
- GOBERNA VALENCIA, M^a V. (1985): "Arqueología y Prehistoria en el País Valenciano: Aportaciones a la historia de la investigación", *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*, Alicante, 9-30.
- GRAU I CODINA, F. (1992): "Al voltant d'una inscripció del Puig considerada erròniament com a falsa", *Arse*, 27, Sagunt, 27-31.

- GUARDIA PONS, M. (1992): *Los mosaicos de la Antigüedad Tardía en Hispania. Estudios de iconografía*, Barcelona.
- HÜBNER, E. (1862): *Die antiken Bildwerke in Madrid*. Berlin.
- KOPPEL, E. M^a (1995): “La decoración escultórica de las villae romanas en Hispania”, *Poblamiento rural romano en el sureste de Hispania*, Murcia, 27-48.
- LIMC = *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae* (1981 ss). Zürich-München.
- LLIN CHÁFER, A. (2007): <www.archivalencia.org/episcopologio>. 20-02-2013.
- LLOBREGAT, E. A. (1976): “Puig de Cebolla”, *Gran Enciclopedia de la Región Valenciana*, IX, 200.
- (1980): “El Alto Imperio (siglos I a III)”, *Nuestra Historia*, II, Valencia, 77-126.
- LOZA, M^a L. (1993): *La decoración escultórica de fuentes en Hispania*. Universidad de Málaga, Tesis Doctorales/Microficha, 84, Málaga.
- MARTÍ OLIVER, B. (1995): “Museus arqueològics valencians: passat i present”, *Actes de les Jornades d'Arqueologia*, València, 293-301.
- (1997): “Les estampes de l'antiguitat en les Observaciones d'A. J. Cavanilles”, *Cuadernos de Geografía*, 62, *Segundo Centenario de las Observaciones del Reyno de Valencia*, V. M^a Rosselló y J. F. Mateu (eds.), Valencia, 488-489.
- MORA, G. (1998): *Historias de Mármol. La arqueología clásica española en el siglo XVIII*, Madrid.
- (2003): “La erudita peregrinación. El viaje arqueológico de Francisco Pérez Bayer a Italia (1754-1759)”, *Iluminismo e Ilustración. Le antichità e i suoi protagonisti in Spagna e in Italia nel XVIII secolo*, Atti del Convegno internazionale (Roma, 2001), J. Beltrán et al. (eds.), Roma, 255-275.
- (2012): “El coleccionismo de Antigüedades en la España ilustrada”, *De Pompeya al Nuevo Mundo. La corona española y la arqueología en el siglo XVIII*, M. Almagro-Gorbea y J. Mayer (eds.), Madrid, 71-79.
- MORÁN TURINA, M. (2010): *La memoria de las piedras. Anticuarios, arqueólogos y coleccionistas de antigüedades en la España de los Austrias*, Madrid.
- NEIRA JIMÉNEZ, M^a L. (1996): “La tipología del carro en los mosaicos romanos del triunfo de Neptuno”, *L'Africa Romana*, XI, 555-576.
- (1997): “La particular iconografía del dios Neptuno en algunos mosaicos romanos”, *La mosaïque gréco-romaine*, 8, 74-83.
- OLCINA DOMÉNECH, M. (1991): “El descubrimiento del mosaico de Baco en Sagunto”, *Historiografía de la arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XIX)*, J. Arce y R. Olmos (eds.), Madrid, 49-55.
- PRADELLS, J. (1984): “Notas sobre los orígenes de la Biblioteca Nacional. Las bibliotecas del arzobispo de Valencia Antonio Folch de Cardona”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 4, 149-187.
- PUIG I CADAVALCH, J. (1934): *L'arquitectura romana a Catalunya*. Barcelona.
- REINACH, S. (1897 ss): *Répertoire de la Statuaire Grecque et Romaine*, I-VI, Paris.
- (1922): *Répertoire de Peintures Grecques et Romaines (RPGR)*, X, Paris.
- RODRÍGUEZ CASANOVA, I. (2012): “La numismática en la España de la Ilustración”, *De Pompeya al Nuevo Mundo. La corona española y la arqueología en el siglo XVIII*, M. Almagro-Gorbea y J. Mayer (eds.), Madrid, 157-171.
- SANCHIS Y SIVERA, J. (1920): *La Diócesis Valentina. Estudios históricos*, Valencia.
- SEGARRA DOMÉNECH, J. (2011): *Francisco Pérez Bayer (1711-1794)*, Benicàssim.
- TORMO Y MONZÓ, E. (1922-23): “El Museo Diocesano de Valencia”, *Arte Español*, 6, 293-300 y 354-365.
- (1923): *Levante (Provincias valencianas y murcianas)*, Madrid.
- TRAMOYERES BLASCO, L. (1917): “Antigüedades romanas de Puzol”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXI, 38-52.
- TRAYER TOMÁS, V. (1946): *Palacio arzobispal de Valencia. Memoria referente a su historia y reconstrucción*, Valencia.
- VILAPLANA ZURITA, D. (1995): “Un edificio emblemático de la España de la Ilustración: la Real Casa de Enseñanza de Valencia y su capilla de Santa Rosa de Lima”, *Goya*, 249, 139-150.
- VILAR REY, I. (2001): “Ratio studiorum. La presència d'una biblioteca jesuïta a la Universitat de València”, en Mestre, A.; Vilar, I. y Blaya, N., *Ratio studiorum. Una librería jesuïta en la Universidad de Valencia*, Valencia, 13-44.
- ZARAGOZÁ CATALÁN, A.; IBORRA BERNAD, F. (2008): “Una aproximación a arquitecturas desaparecidas: el Palacio Arzobispal, el Palacio de En Bou y la Capilla del Real Viejo de Valencia”, *Jaime I (1208-2008). Arquitectura año cero*, A. Zaragoza Catalán (com.), Valencia, 134-156.